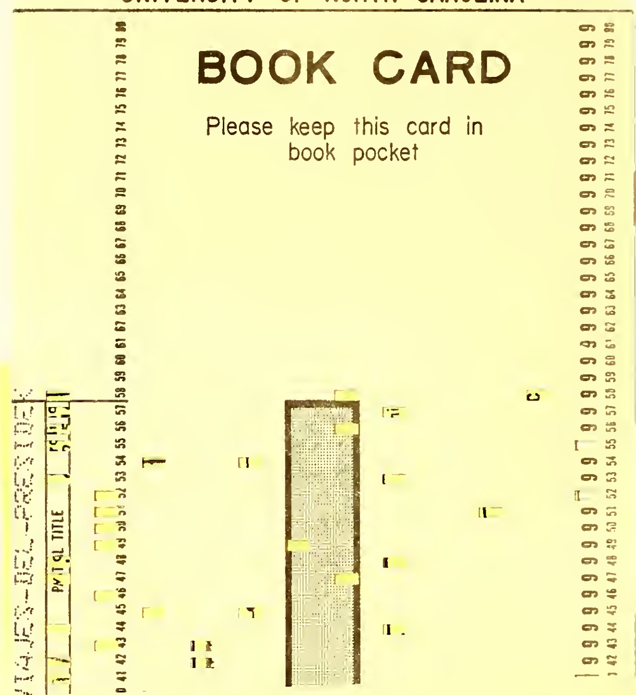

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in book pocket


LUX
LIBERTAS

BIBLIOTECA DE "EL CONSTITUCIONAL"

VIAJES DEL PRESIDENTE

ARAGUA, CARABOBO Y ZAMORA

NOTAS de RAFAEL SILVA,

CORRESPONSAL DE "EL CONSTITUCIONAL"

Y DESCRIPCION

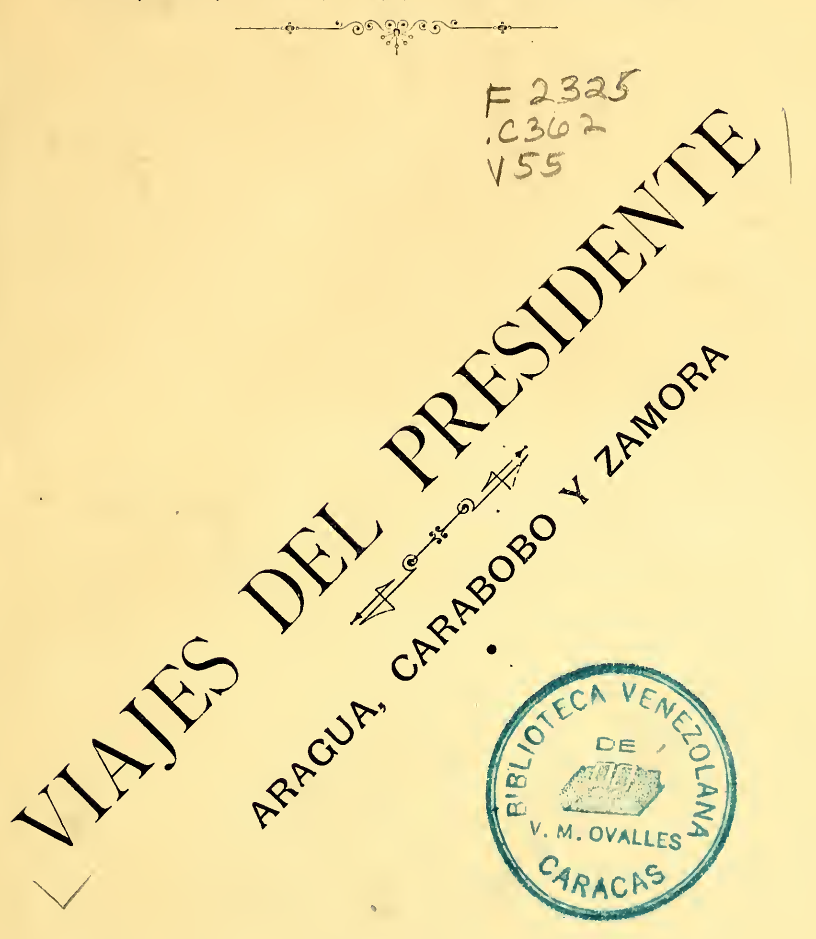
DE LAS FIESTAS EFECTUADAS EN EL ESTADO ZAMORA, POR EL

Dr. L. ALVARADO

IMPRENTA NACIONAL

1904

BIBLIOTECA DE "EL CONSTITUCIONAL"



VIAJES DEL PRESIDENTE

ARAGUA, CARABOBO Y ZAMORA

NOTAS de RAFAEL SILVA,

CORRESPONSAL DE "EL CONSTITUCIONAL"

Y DESCRIPCION

DE LAS FIESTAS EFECTUADAS EN EL ESTADO ZAMORA, POR EL

Dr. L. ALVARADO

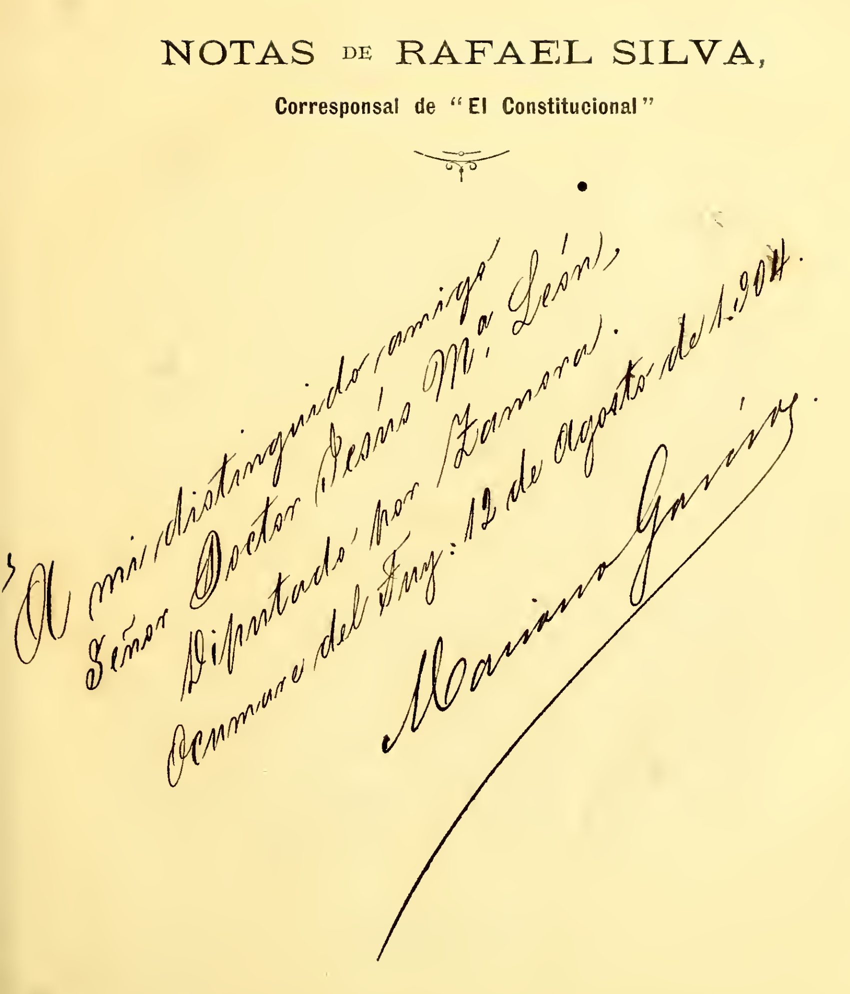
IMPRENTA NACIONAL

1904



NOTAS DE RAFAEL SILVA,

Corresponsal de "El Constitucional"



I

DE CARACAS Á VALENCIA

Mi información telegráfica para *El Constitucional*, hecha diariamente desde las poblaciones honradas por la visita del Presidente de Venezuela, me releva de la revista minuciosa de la última gira, y estas líneas, escritas aún bajo el polvo del camino, pecarán de pobreza en el detalle, porque, á efecto de mayor interés va nuestro intento: cual es el de manifestar á los lectores de este Diario las ventajas derivadas del viaje presidencial.

Castro en viaje, con naturalidad admirable, se despoja de su gravedad oficial, y es entonces el más cumplido y amable compañero de excursión. En el túnel del Calvario el Presidente se metamorfosea, y confundido con su comitiva, apenas por el respetuoso homenaje y las atenciones de sus

acompañantes se descubre su alta gerarquía oficial. El es quien da con su verbo fácil y chispeante la nota jovial á la romerías: él es quien con fina discreción establece la cordialidad característica de las fiestas: él es quien abre la llave del entusiasmo general dando expansión á la espiritualidad de su carácter; él es quien ameniza mejor la monotonía de las marchas, vertiendo su inagotable acervo de recuerdos con palabra íntima é ingénua.

De Antímano á La Victoria, en nuestro último viaje, las impresiones fueron gratas como siempre. Preciso es ser testigo de las manifestaciones recibidas por el Presidente para ver la sinceridad que ellas tienen. No es el cañón de Antímano, ni la cohetería de Los Teques, ni las músicas de San Mateo lo que me dice el prestigio de Castro y el cariño de esos pueblos. Es el grito de júbilo lanzado en un grupo por fuerza espontánea del entusiasmo; es el puñado de flores que arroja al Héroe la mano anónima de una mujer; es el saludo sin ceremonia que un campesino le da al ilustre viajero; es el cerco admirativo que le forman hombres, mujeres y niños, mientras él, ingénuo y sin asomo de escrúpulo, se come como si fuera un rico manjar palaciego, una de las arepas famosas que venden en la Estación de Las Mostazas!

Mi alma de rústico interpreta el alma hermana de esos hombres, de esas mujeres

y esos niños de la aldea que en cerco admirativo rodean al sencillo Pastor del rebaño venezolano. Ellos piensan que el hombre nuestro, que el hombre que debe guardar nuestros derechos, es ese hombre fuerte y sano de espíritu que no tiene á menos el bajar con sus laureles y sus glorias á la esfera última de sus conciudadanos, para hablar con ellos amigablemente, para ver sus miserias y dejarles junto con el bálsamo de su fe, el recuerdo material y consolador de la dádiva que no afrenta.

Así viaja Castro de Caracas á La Victoria. Y en esta ciudad ¿cómo lo reciben y cómo llega él?

Suplirá á toda reseña esta paráfrasis que hago y que confirmarán todos: La Victoria es un hogar del General Castro, en donde vive, casado con la popularidad, su hijo mayor el General Alcántara.

Los enemigos de Castro pueden vivir en cualquier parte, menos en La Victoria. Cuando él llega á la espiritual ciudad, los victorianos salen á recibirlo como á un padre querido después de una larga ausencia.

Después del viejo Alcántara nadie más querido que él en La Victoria. La Municipalidad de allí lo llama Hijo, pero todos le respetan como padre.

En su última estada, por Castro se suspendieron las transacciones mercantiles; por Castro hubo allí una numerosa población

flotante, entusiasmada y bulliciosa; por Castro se dió un baile famoso en el Palacio de Gobierno; para Castro tuvo ofrendas la sociedad, homenajes la oratoria y hurras y aplausos la multitud.

Tres días pasó allí el Presidente. Y cuando nos fuimos, gracias á Dios que habíamos de volver á la ciudad amada! Gracias á Dios que íbamos á Maracay, donde el bravo General Gómez, ha monopolizado también todas las voluntades! En su hogar, que su hidalga familia llena de alegrías y dulzuras, se hospedó el Presidente.

Entre las diversiones principales que hubo allí, fuera del baile realizado á pesar de las impertinentes lluvias, hay que anotar los desafíos de gallos que se efectuaron durante las fiestas.

Dicen los que deben saberlo, que pocas veces corrió como entonces el oro, por galleras y cantinas.

La Paz es primavera que llena de flores de oro la bolsa del trabajador, y aquel dinero que allí circulaba era el dinero del trabajador, quien holgado en su presupuesto, iba á jugar una vieja onza de Carlos V, á la pata de su gallo, ó á invertir en generoso y alegre brindis el refulgente pachano ganado sin temores en la faena de los campos, atento al brote de la siembra ó al cuidado sin recelo del rebaño.

Pero tampoco ese derroche de oro y alegría basta á probar el prestigio de Castro.

A mí me parece que tiene mucho más elocuencia esta anécdota:

Un gallero tiene en sus manos un pollo que pronto vá á pelearlo.

Sus adversarios creen segura la victoria, y lo proclaman en voz alta.

El gallero, un campechano montañés, come oreja, como dicen los jugadores, y duda de la raza de su gallo.

Cazan la pelea.

El Presidente está en la gallera, presenciando el sport nacional.

El gallero campechano es invitado á echar los gallos.

El, que empieza á temer, le dice á su adversario:—Espérese, compañero, que voy á bautizar este bicho. Y sin más pensar se pone frente al Presidente y sin previo saludo le dice:

—General: pásemele la mano á este pollo, *pa* que gane.

Castro coje en sus manos el animal, lo acaricia y lo devuelve al gallero, quien lo suelta en la arena gritando:

—Pica, gallo pinto, que vas *bautizao!*

Comienza la riña, y después de varios minutos de combate, el gallo pinto sale vencedor en la contienda.

Eso es insignificante, pero en el crédulo espíritu rural, eso ejerce poderosa influencia.

Castro en una gallera, *haciendo ganar los gallos;* Castro paseando la población sin más guardia que el cariño de sus amigos; Castro subiendo á pie el Calvario de Maracay, sin ningún acompañamiento marcial; Castro haciendo desde ese Calvario el más exaltado elogio de la belleza de Maracay, apreciable sólo en aquella altura, se hace dueño de todas las voluntades porque así se roza con el pueblo, trata con él, y ya se sabe que la mitad de los odios humanos existen por las distancias que mantienen las gentes entre sí.

« Unión, unión » dijo el Genio, y unión és, hasta el urbano saludo, hasta la leve cortesía que demanda á todos la ley de la cultura.

De Maracay salimos como de La Victoria, arrancados por la fuerza del itinerario.

Y camino de Valencia, mientras el Expreso corre por las verdes llanuras, y *Eliodoro* sirve á los viajeros un helado bajo el sol cálido, recordamos la Plaza Militar recién abandonada; sus soldados nostálgicos de la pelea á que estaban acostumbrados; la Plaza de paseo, tan bella; y aquella casa del General Gómez, asilo franco del cual se quiere ser huésped perpetuo. Y de Maracay á Valencia, en cada Estación una ovación.

Varias comisiones vienen de Carabobo á presentar sus respetos al Jefe; el Club «Centro de Amigos», y la Cámara del Comercio

envían delegaciones; gente oficial nos empieza á recibir desde San Joaquín: allí ó en Guacara se malogra, por tardío, un discurso. Valencia se aproxima, y empieza á llover.

—Entraremos lloviendo—dicen los pesimistas.

Otro dice: lloverá hasta que lleguemos á Camoruco. Este habló como profeta. Al llegar á las cercanías de Valencia, el cielo se viste con su más puro azul, y el sol, pálido como un cirio, alumbra la ciudad húmeda y sucia por cuyas calles la multitud discurre alegremente, dando vivas al recién llegado. La antigua aristocracia carabobeña desde sus balcones saluda cariñosamente al andino glorioso, y mientras la vieja ciudad se entrega á sus efusiones, yo voy á la humilde cueva de los míos á saborear entre añoranzas y cariños el pobre pan que la familia untó con miel más dulce que el panal de Himeto.

II

DE VALENCIA Á TINAQUILLO

En una de sus últimas improvisaciones hacía el President de Venezuela rememoración de los días angustiosos de la guerra, y arrebatado por la inspiración dijo á sus oyentes: «me explico por qué entonces se me combatió. No se me conocía, no se conocían bien los ideales de la Restauración».

Valencia, cuando un día tuvo reservas de mujer voluntariosa para con el Caudillo del 99, no lo conocía.

A las puertas de la ciudad orgullosa, el guerrero llegó envuelto entre la humareda de un combate. Bajo el pánico del desastre de setiembre pasó el vencedor por sus calles solitarias. Cuando habló á un grupo, la mayoría de ese grupo no podía oír...... Los que lo oímos lo seguimos. Castro salió de Valencia, y no fue legión la que de allí salió con él. No le conocían todos. Un año después, todavía aquella gente estaba atónita ante los últimos sucesos.—Por aquí pasó, decían, como si hablaran de un fantasma.

Y en Valencia vivía la multitud sin amor y sin odio para Castro.

Castro volvió á Valencia. Les habló de sus proyectos, les dijo de sus propósitos, y como un día había entrado á la ciudad, entró ahora en las conciencias, abriendo brechas en ellas con su verbo agudo y brillante como una espada.

Hoy, «Valencia es Castro», ha dicho uno de los periodistas carabobeños.

Y yo he visto á la orgullosa ciudad, recibiendo alborazada al Andino heróico; he visto á lo más alto de su representación social, invadiendo el hospedaje del soldado triunfador, y como arrepentido de su instante de vacilación, he visto al pueblo vertiendo á su paso el estruendoso torrente de sus aplausos.

Más que Tocuyito ha sido ésta victoria!

En nuestro último viaje en el Club «Centro de Amigos» se le da una fiesta hermosa á la cual concurre lo más granado de la sociedad; la Cámara de Comercio, le ofrece en la Quinta del señor Ernesto L. Branger un *Pic-nic* que es el agotamiento de todas las exquisiteses; el Colegio de Lourdes hace en su honor un festival que es un poema de pureza y de candor; la Representación política del Pueblo, bautiza con el nombre de su Causa el Puente principal de la ciudad; en el Teatro Municipal se hace una velada en honor suyo, y canta un poeta una de sus efemérides de gloria; de las ciudades, pueblos y caseríos vecinos vienen delegaciones á presentarles sus respetos; Puerto

Cabello lo llama para agasajarlo; Nirgua le pide el honor de una visita; la Prensa del Estado lo colma de adjetivos lisonjeros; y cuando sale de Valencia, camino de San Carlos á donde va en romería, lleva una cariñosa escolta de cien caballeros que lo acompañan hasta Tocuyito, una cumbre de su gloria militar.

Valencia, ya conoce á Castro, y «lo respeta porque es grande, y lo quiere porque es bueno».

Los remisos de ayer son sus fanáticos de hoy.

Aquella reserva era natural: el mismo Castro lo comprende.

—Yo soy el camino, la verdad y la vida, decíale Jesús á las turbas galileas.

—Yo soy la salvación de la República, dijo el General Castro.

Y la multitud lo siguió.



Con una mañana hermosa llega el Presidente á Tocúyito.

¿Y á quién ha de extrañar ese regocijo y esas galas que alegran el pueblo en cuyas cercanías hubo un 14 de setiembre?

Y ese banquete lleno de ricos manjares, y ese discurso lleno de ricos pensamientos,

todo para Castro, acaso no son un merecido regalo?

Y allí el Héroe hace recuerdos; y ahora en paseo triunfal atraviesa de nuevo la sabana donde cinco años atrás peleó audazmente; pasa luego por Carabobo evocando sombras de grandes guerreros, cuya grandeza no le produce envidia; detiene su caballo con respeto ante la columna levantada en honor de los Padres de la Patria; marcha como guerrero: hace descanso y merienda de guerrero, y cuando el sol se inclina, hace su entrada en Tinaquillo entre un séquito de la más distinguidas personalidades del lugar; entre un pueblo que anhela conocer al hombre cuya fama se ha extendido por América y Europa.

Y entre banderas que ondean, y músicas y voces; entre arcos triunfales que tienen en sus curvas escrito el sentimiento de la población, el Presidente entra como en propio hogar, á la casa de los hermanos Rottondaro, italianos de Venezuela, que un día rechazaron una acreencia á su favor porque la suponían dañosa para ésta su patria de adopción.

La misma noche de nuestra llegada á Tinaquillo la espiritual y culta ciudad empezó á manifestar sus simpatías al Presidente.

La casa de los hermanos Rottondaro con ser espaciosa estaba llena de visitantes.

Luis Genaro Muñoz en nombre de la concurrencia y de la población, saluda en elocuente discurso al recienllegado; el champaña ríe en las copas y alimenta el fuego de la natural alegría; la música llena de cadencias los salones; Castro hace una improvisación llena de ardiente entusiasmo; llama hermanos á sus amigos; devuelve con cariñosas palabras los elogios del orador popular, y cuando todos pensamos reposar de las fatigas de la marcha, el General de Hierro responde á una galante invitación social yendo á una fiesta íntima, donde se baila hasta la una de la madrugada.

De Tinaquillo tenemos vario y grato material para estos apuntes. Y consagraríamos luego párrafo á nuestros recuerdos, si no fuera que la jornada general es larga.

En Tinaquillo fue donde María Teresa Mijares, María Hidalgo y Consuelo Silva, adorable trinidad de belleza y talento, consagraron al Héroe la dulce floración de sus pensamientos, en tres discursos que ya ha publicado *El Constitucional;* en Tinaquillo fué donde el Padre Chirivella León dió, bajo las bóvedas del templo su saludo al bienvenido, cantando luego un Te–Deum en su honor; allí fue donde Castro dijo, no como un soldado, sino como un manso enviado de Dios: «Señores, vengo á traeros mi corazón!»; allí aquel baile dado en la residencia de la señora viuda de Mijares, baile en el cual todo fue selecto, desde la

decoración del local, hasta la concurrencia de damas elegantes y espirituales, tan gentiles en la danza, tan cultas en la *causerie* de salón, tan bellas en su natural y púdica sencillez, que yo por dentro sentía un inefable baño de frescura, y andaba orgulloso de ver la gente de mi región en el mismo nivel de centros que suponen por ellos monopolizada la propiedad del buen tono.

Antes de abandonar á Tinaquillo, yo quería robar al cielo sus estrellas para formar otra vía láctea hasta donde fuera mi fatigado pegaso, para luego por ese luminoso camino, devolver el Pegaso de mi pensamiento hasta llegar á la hospitalaria población en uno de cuyos jardines florecidos viví un minuto de ilusión......

Al hablar de Tinaquillo la justicia manda consignar aquí el nombre de Joaquín Olivo.

Mientras los Rottondaro atendían al Presidente y algunos de sus íntimos, Joaquín Olivo se multiplicó para atender *al grueso del ejército*, y creo que ninguno de los *colaboradores* olvidará aquella mesa servida por manos *angelorum* y aquel hogar lleno de amabilidades, en donde el pan tenía dulzuras de panal.

Salimos de Tinaquillo como Adán del Paraíso.

A los primeros claros de la mañana dijimos los últimos adioses.

El General Alcántara, Presidente de Aragua, que fue nuestro compañero desde La Victoria, se volvió de allí.

Con doble tristeza salimos, y por el camino pintoresco que empezaba á iluminar la aurora, la alondra triste de nuestro pensamiento iba cantando *sotto–voce* la copla leyendaria de Matías Salazar:

Adiós muchachas bonitas
del pueblo de Tinaquillo!

III

DE TINAQUILLO Á TINACO

Por las llanuras de Pegones que el sol naciente baña de áureos esplendores, cruza á galope tendido la caravana restauradora.

Una brisa fresca y fragante sopla del Norte. La yerba de la sabana, gracias á la primeras lluvias de junio, vuelve á verdear, y es la sabana como una alfombra en cuya muelle y perfumada verdura, pastan las vacas de ordeño de la vecina población, cuya Iglesia todavía nos señala con su altísima aguja el noble pueblo de Tinaquillo.

Hay un momento en que el Presidente deja atrás toda su comitiva, y allá, solos por el llano desierto, se ve á dos jinetes como persiguiendo á un enemigo invisible; aquel, el del caballo amarillo, cuya arábiga pupila se dilata lánguidamente por el horizonte, aquel hombrecito con cuya fisonomía y audacia se puede ser jefe de guerreros musulmanes, es Castro; el otro, fuerte como un centauro llanero del año 21, es Juan Vicente Gómez. Todavía piensa este hombre que su amigo puede correr un peligro,

y va apareado con Castro, orgulloso de pensar que otra vez puede ser «el salvador del salvador!»

Dejamos la sabana, y el camino va costeando la serranía con ondulaciones serpentinas. Viajamos como en campaña. El barrizal gredoso donde la bestia unde el casco más de un jeme: el sucio pantano que la mula marraja quiere vadear, los salva de un tirón la cabalgata restauradora. Y así marchando pasamos el río donde termina Carabobo y donde un arco triunfal con el retrato de Castro y el del «Valiente Ciudadano», nos dice que estamos en el Estado Zamora. Poco después una cohetería estalla en el aire diáfano y fresco. Son las 8 de la mañana. Con un grito nacido en el corazón un *colaborador* grita: Tamanaco!

Allí, con el Presidente de Zamora, el activísimo y caballeroso General Aquiles Iturbe, está Salvador Barreto, el joven General 2º Vicepresidente del Estado; el Doctor Guillermo Barreto Méndez, Gobernador de la Sección Cojedes; el General Briceño, Comandante de Armas; muchas otras personalidades de Zamora, y una porción de jinetes á quienes falta sólo la típica lanza paezina para simular un formidable escuadrón en campaña.

El General Castro prodiga entre aquella gente, todo el oro de su generosidad. Les habla como á viejos camaradas, y mientras en una larga mesa se sirve un arzobispal

desayuno para cincuenta personas, el Presidente dialoga con sus nuevos amigos; el General Gómez, francote como siempre, se rodea de sus viejos conocidos en las guerras, y en charla íntima estudia la topografía de aquellos lugares, consecuente con su espíritu marcial.

De pronto una voz autorizada exclama: «Señores: la pelea es peleando!» Y al desayuno arzobispal se le hacen los honores, militarmente. Y tras breve pausa volvemos á emprender la marcha.

De Tamanaco se trae el Presidente un regalo llanero que le hace F. Ruiz.

En todas las chozas del camino hay una bandera que bate alegremente su ala tricolor. En los caseríos, se hacen rústicos adornos para el paso del Jefe del País.

De un bohío sale á veçes una viejecita que verá acaso por primera y última vez al joven glorioso. Los chiquillos miran atónitos la caballería que pasa, y uno se esconde gritando: *Ahí viene la guerra!*

Nó, inocente criatura! Esto es la paz. Ese hombre que véis pasar á la cabeza de otros hombres, no es la guerra, es la paz! Ese hombre odia la guerra, y algún día, tú mismo, cuando seas mayor, harás que tus hijos bendigan su nombre, porque tu felicidad de entonces la inicia él desde ahora, acabando precisamente con la guerra!

Al llegar á *Vallecito*, el General Castro y su comitiva hicieron alto. El Presidente

cambió de bestia, tomó un refresco popular, y seguimos escoltados por la numerosa caballería engrosada en *Vallecito.*

Fue poco después cuando se dijo la expresiva frase del llanero, de la cual se habló mucho en Zamora.

Consagremos un párrafo á aquella expresión :

El General Castro salió de Vallecito en su fino y rápido caballo de silla.

Entre los quinientos jinetes nadie tan bien montado como él. Y en cambio, íbamos allí algunos, que merecíamos compasión.

Compañero mío en una trocha vulgar iba un llanero; auténtico, de esos que usan garrasí, mascan tabaco y llevan bajo la camisa de warandol una «*santa catalina*» de á tercia.

Por más que yo chaparreaba furiosamente mi flacuchento caballo rucio mosqueado; por más que mi compañero golpeaba terriblemente con el desnudo talón los ijares de su potro castaño, la distancia entre Castro y nosotros se alargaba. El Presidente iba allá, bebiéndose los vientos, y el llanero que lo miraba con mirada triste exclamó dirigiéndose á otro de sus amigos: «*Compañero, pa podé vé á ese hombre vamos á tené que enlazalo!*» ....

Poco después llegamos á la ciudad de José Laurencio Silva. Cedo la palabra á

El Eco de las Pampas para que él diga nuestra llegada:

«A las 10 y cuarto entró al Tinaco que lo esperaba con los brazos abiertos, con una escogida orquesta, y adornado con sinnúmero de banderas de la Patria y de arcos alegóricos con pensamientos dignos de tan honorable huésped; recorrió la población y se desmontó con su distinguida comitiva en la hermosa casa del General Salvador Barreto. A la 1 p. m. tuvo lugar el banquete compuesto de cien cubiertos; y ya para terminar tomó la palabra el estimable joven y amigo nuestro, Jesús M. Blanco; su discurso fue oportuno y tan acertado que mereció el aplauso del Jefe y de la inmensa concurrencia. En seguida el General Castro, con esa habilidad ingénita en él, contestó al amigo Blanco desarrollando pensamientos sublimes que el auditorio sin poderse contener interrumpía sin cesar con prolongados aplausos. Dijo entre otras cosas: *que su corazón era del pueblo y que si algunos no lo habían seguido en sus propósitos era porque no lo habían conocido, que venía á confundirse entre nosotros para probar al mundo entero que habían terminado para siempre las guerras civiles.* Al concluir el General Castro su discurso, el Doctor Aquiles Iturbe brindó por Castro de quien dijo: *que era el único caudillo que había tenido la América después de la Independencia que podía parangonarse con los Jefes de las dos grandes hegemonías del Continente americano, colombiana y ar-*

gentina, Bolívar y San Martín, y que como ellos, era digno de recibir los homenajes de los pueblos tributados á sus hazañas bajo el arco del Ecuador. Brindó por la Causa Liberal Restauradora fundada por nuestro ilustre Jefe, de la cual dijo que: *no lleva en sus banderas inscripciones fabulosas para amedrentar á nadie, pero que su fundador y sus adictos llevan en sus corazones los estímulos del trabajo y el reconocimiento justiciero para las nobles virtudes;* y brindó también por el General Gómez y el Doctor Torres Cárdenas, *colaboradores distinguidísimos del gran Caudillo.* Estas frases fueron calurosamente aplaudidas por todos los asistentes.

Por la noche hubo un ensayo que se convirtió en espléndido baile que duró hasta las 2 de la madrugada. A las 11 a. m. del 10 se dió principio al pic-nic en la casa de la señora Rita Arana de Lima, terminando la fiesta de ese día con el gran sarao en la misma casa».

De estas apuntaciones, en vano intento sustraer la nota personal. Pero ¿cómo hacerlo, si unidos á aquellos lugares están mi juventud y los mejores recuerdos de mi vida?

En ese Tinaco que visitamos, pasaron los días más hermosos de mi niñez, y ahora agasajado particularmente por hombres públicos que fueron mis compañeros de escuela, debo consignar en estas líneas un voto de gratitud para los que me abrieron

allí los brazos, ó el hogar á cuyo amable rescoldo recibí atenciones que no olvidaré jamás.

El día 11 á las 7 de la mañana salimos de El Tinaco, y por el mejor camino de toda la jornada, hizo rumbo á San Carlos la cabalgata presidencial.

Demos reposo á la pluma un instante, y preparemos el ánimo en cívico recogimiento, que vamos á entrar en San Carlos de Austria, la vieja ciudad conventual, tumba de Ezequiel Zamora, y centro en días gloriosos para Venezuela de una aristocracia secular.

IV

EN SAN CARLOS

El 11 de junio en la mañana entraron á San Carlos el Presidente de la República y su comitiva.

En la antigua Plaza de Altagracia, á la entrada de la población, el Doctor José Manuel Montenegro, Secretario General del Estado saludó con el torrente de su verbo al distinguido huésped. *El Eco de las Pampas*, tuvo la suerte de recoger el espíritu de su discurso en estos párrafos:

«Después de haber manifestado el Doctor Montenegro que hacía uso de su palabra inelocuente, pero patriota á nombre de la Junta Directiva de la recepción del General Castro, á nombre y en representación de los altos Poderes del Estado y á nombre y en representación del noble pueblo zamorano, manifestó las inefables alegrías con que estos pueblos recibían al Benemérito General Castro; y en bien sentidas frases, supo interpretar el amor y la gratitud de los zamoranos por el esclarecido Jefe del País, el que delineó con sus rasgos más característico como fundador de la Paz de

la República, como Libertador del Territorio patrio durante las ambiciones y el conflicto por que atravesamos el año pasado y como restaurador de las instituciones del país. Al hablar de la visita del General Castro á este Estado expuso, con la conciencia y propiedad del que sabe lo que afirma, que en esto obedecía el General Castro, no tanto á una aspiración de su alma, sino al cumplimiento de un deber, augusto; puesto que tanto los reyes en las monarquías como los Presidentes en las Repúblicas estaban forzosamente obligados á visitar el territorio patrio, para recoger en cada región las impresiones y las necesidades de cada ciudad y de cada pueblo; y al tornar á la mansión Capitolina llevar la evidencia objetiva de lo que es necesario hacer para encauzar á la Nación por las corrientes de su progreso material y de su prosperidad futura.

Al hablar de la nueva reconstitución del País, dijo que el grande Estado Zamora al reaparecer en el proscenio de la Historia se mostraba rico en territorio, rico en hombres y rico en gratitud para con el General Castro, y que esa gratitud habrían de confirmarla los hechos en medio de las infinitas vicisitudes que pudieran sobrevenir».

El orador fue justamente aplaudido.

Después que hubo terminado, siguió marcha el Presidente, y por la ancha calle embanderada, el Jefe del País entró en el cora-

zón de la ciudad con la pompa de un conquistador, entre el formidable rumor de una apoteosis popular. Y de las viejas casas salían mujeres jóvenes para ver al hombre nuevo; sobre las antigüísimas arquitecturas como flores sobre una ruina se colgaban los niños para contemplar al recienvenido, y los veteranos federales que besan todavía la mesa en que expiró Zamora, allí estaban anhelosos de ver de nuevo un valiente cuya especie suponían ellos extinta desde el 10 de enero de 1860!

Vivas, músicas, cohetes y campanas, suenan en todas partes.

En un arco triunfal, bajo un retrato del Padre de la Patria se lee:

«Bolívar: descansa en paz, que Castro vela por tu gloria.»

La ciudad habilita sus taciturnos caserones para la gente que la invade, y por las calles repletas apenas puede el Presidente arribar á la casa del Doctor Luis Fraino donde se le ha preparado un confortable hospedaje.

Apenas llega, 13 niñas que representan los 13 Estados de la Unión, echan sobre él todas las flores de los jardines sancarleños, y cantan emocionadas el Himno de la Patria, lírica fuente inagotable de impresiones patrióticas. Luego María Antonia Llamozas, la que representaba á Zamora, desde la candorosa cumbre de sus 13 años, vierte sobre la frente del Magistrado un

puñado de flores del pensamiento, con tanta garcia, que el Magistrado la levanta en sus brazos hasta juntar con sus laureles los rizos ondulantes de la virgen.

Lola Pérez, quien representó al Táchira, tuvo también para Castro la joya de un verso, labrada por el poeta Carlos Mauricio Pérez.

Mientras el ilustre viajero reposa, y el General Gómez con sus amigos va á la gallera, después del exquisito almuerzo; mientras llega la hora de los toros coleados, el ilustrado Doctor Montenegro, será nuestro *cicerone* por la ciudad, que el Doctor Torres Cárdenas á ella unido por recuerdos de familia desea conocer.

Vamos á la Iglesia Principal, austera y grande, llena de antigüedades y oigamos luego del docto anciano leyendas y episodios que él sabe con lujo de detalles.

(Y después, en tanto cierra la noche, vaguemos solos, con nuestro joven espíritu, por la villa histórica y vetusta, queriendo adivinar en cual de aquestas ventanas, llenas ahora de yedras y de zarzas, dijo hace treinta años á mi madre el autor de mis días, su primera palabra de amor! Busquemos el sitio en que aquellas dos almas ensayaron sus idilios de ternura, y de rodillas elevemos una oración por su descanso perpetuo en el seno de Dios! Y al abandonar el lugar donde fueron venturosos, hagamos

florecer en él la milagrosa flor del recuerdo con una pura lágrima filial !)

***

Las fiestas del día 12, empezaron con una fiesta cristiana de la cual tienen noticia los lectores de *El Constitucional*. Fue aquel *Te-Deum* solemne donde el Presbítero Leopoldo Lima pronunció aquel discurso publicado en este Diario.

El Eco de las Pampas, dice de aquel acto lo siguiente :

«A las 8 y media del día 12 tuvo lugar el *Te-Deum* en la Iglesia Matriz, precedido de una plegaria cantada admirablemente por el renombrado tenor Don Andrés Antón y de una oración sagrada pronunciada elocuentemente por el ilustrado y erudito orador Presbítero Doctor Leopoldo Lima, cuyo discurso aparece publicado en columnas de honor de *El Constitucional*. Esa importante ceremonia fue celebrada por el Vicario de esta ciudad, Presbítero Doctor Regino Cuba, acompañado de los curas párrocos del Rosario, Acarigua, Ospino y Barinas. Asistieron á ella el Presidente, Vicepresidente y Secretario General de la República ; el Cuerpo de Edecanes, Presidente, Primero y Segundo Vicepresidentes, Comandante de Armas de Zamora ; Secretario General ; los Gobernadores y sus res-

pectivos Secretarios de las Secciones Cojedes y Portuguesa, el Secretario de la Sección Barinas, el Ilustre Concejo Municipal y empleados de esta capital, el Doctor Rafael Revenga, Doctor Carlos León, General Graciano Castro, General Angel Carnevali Monreal, Rafael Silva, representante del Ministro de Guerra y de *El Constitucional*, Manuel González, Telegrafista del Presidente de la República, General Jorge Uslar, hijo, Antonio Pimentel, Felipe Casanova, Eugenio Branger, General Juan de Mata López, Jefe Civil del Distrito Falcón, los representantes de todos los Distritos y gran número de damas y caballeros».

Después del *Te–Deum* la Municipalidad fue á la residencia del Presidente á presentarle el Acuerdo por el cual aquella Ilustre Corporación lo hace su Hijo Benemérito.

Y fué entonces cuando el General Castro hizo la más brillante efusión de sus grandes sentimientos en una improvisación en extremo halagadora para los sancarleños.

En esa misma ocasión Menotti Fraino ofreció al Presidente á nombre de la Directiva de fiestas anteriores, un cuadro con un buen retrato del General Castro.

Terminadas estas expansiones cívicas empezamos á prepararnos para el baile de la noche, gastando las horas de la tarde entre el espectáculo de la gallera y el sport de los toros coleados.

Y en la noche á las 9 y media, ya en la casa del baile, había bastante motivo para aplaudir la elegancia y el buen tono, la harmonía y la cordialidad.

La casa de los hermanos Fraino estaba esplendorosa. Ramón Méndez Figueredo, un talentoso mecánico pampero hizo una luz para esa fiesta, clara como el sol, y los sancarleños todos se empeñaron en que ninguno de los viajeros al ausentarnos dejáramos de alabar sus cariñosas atenciones é hidalguías.

El General Castro salió muy bien impresionado de la cultura sancarleña.

Cerca de las cinco de la mañana terminó aquella fiesta, y en seguidas, el 13, arreglando equipajes, todavía vagaba por nuestros oídos, la última cadencia del último vals!

A las 3 de la tarde debemos regresar.

Yo, encariñado ya con aquella ciudad que desearía volver á ver en su grave quietud normal, digo adiós á sus ruinas como un hijo á su madre, y todavía pienso en sus calles largas, en sus iglesias tristes, y en su gente hospitalaria, con una dulce y patriótica melancolía.

San Carlos! Tú dices á mi pensamiento muchas cosas. Tú señalas la primera caída de nuestro Pueblo, nazareno injuriado por la estúpida ceguedad de las turbas! Pero espera. Espera confiado en el milagro de la restauración!

V

DE SAN CARLOS Á CARACAS

Para describir nuestro retorno de Zamora, Carabobo y Aragua, podría repetir con lijeras variantes las apuntaciones que he publicado, pues á nuestra vuelta, el Presidente fue objeto de idénticas manifestaciones de simpatías, en Tinaco, Tinaquillo, Tocuyito, Valencia y pueblos de Aragua.

En El Tinaco, la noche de nuestra llegada, la animación popular se mantenía en el mismo grado de entusiasmo, y la sociedad tinaquera, se reunió de nuevo en la casa de la señora Arana, y un baile improvisado al calor de la cordialidad se llevó á efecto.

Un viajero extraño que hubiera llegado súbitamente á aquella población, no habría podido sospechar que en aquella reunión estaba el Presidente de Venezuela. ¡Qué intimidad, que simpática familiaridad en todo! No se veía por ninguna parte el más leve aparato oficial. El Presidente, el Vicepresidente, el Secretario General, y todas las personalidades políticas y sociales de Tinaco estaban allí como en tertulia muy de confianza, y á pesar de las fatigas de la marcha, aun cuando teníamos que seguir al amane-

cer, la fiesta íntima se terminó á la media noche, y acaso el ostensible amago de un aguacero llanero fué el motivo de la despedida, pues la tertulia tenía todos los alicientes para esperar, entregados á ella, la hora crespuscular de la partida.

El Presidente con dos de sus amigos se despidió á la doce de la noche.

A las seis de la mañana del 14 salimos de El Tinaco, y puesto el pensamiento en Tinaquillo con ansias cariñosas, el Presidente y su comitiva salimos en varios grupos.

El viaje de Tinaco á Tinaquillo lo hizo el Presidente acompañado solamente del General Gómez y de tres amigos más. Descontando el rato que pasamos en Tamanaco para darle reposo á nuestras cabalgaduras y tomarnos un sencillo refresco, las nueve leguas pamperas que separan las dos poblaciones, las corrimos en tres horas.

En esta jornada tuvo origen mi telegrama á este Diario, en el cual decía cerrando una información: seguirle á Castro el vuelo de sus ideas, es tan difícil como seguir el paso de su caballo por las pampas que acabamos de recorrer!

En las sabanas de Pegones varios destacamentos de caballería esperaban al Presidente. Gente del Gobierno, de la Iglesia, de la sociedad y del pueblo tinaquillero venían á recibir al Magistrado.

Y fue solemne y hermosa la entrada al pueblo histórico. Tinaquillo recibió á Castro

con un alborozo que el Presidente no olvidará jamás.

Volvemos á *nuestras casas,* paladeamos otra vez el almibarado pan que nos brinda aquella buena gente; y mientras la Municipalidad da un Acuerdo por el cual concede al Presidente el título de *Hijo Distinguido* del Distrito Falcón; por otra parte se preparan unos toros coleados, y la culta sociedad se reune de nuevo en la casa de la señora viuda de Mijares donde se baila hasta la una de la madrugada.

Ya os he dicho lo que es un baile en Tinaquillo. Y, ¿á qué repetirlo, si todos sabemos la amarga verdad del Dante: no hay mayor desventura que recordar, etc?

Digamos adiós, ahora por última vez á estos parajes, llenos todavía de ingenuidades patriarcales, echemos la última lánguida mirada al jardín florecido bajo cuya frescura se durmió un minuto la fiera de nuestra desgracia en dulce y fugitivo ensueño, y antes que la luz del día venga á delatar nuestro rictus doloroso, huyamos de aquí encomendando á la estrella de la mañana que aún brilla en el cielo claro-oscuro, los votos espirituales que al partir hacemos mientras nuestro caballo rima un tardo pasitrote por la verde sabana.

Necesitamos poner fin á estos apuntes, y hemos de pasar omitiendo detalles hasta Tocuyito.

Allí esperan al Presidente de la República, el del Estado Carabobo, Doctor R. González Pacheco; su Secretario General, León Paz Guerra; el Gobernador del Distrito, Francisco Feo; el Presidente del Concejo, Gonzalo de Castro, y una multitud más de ciudadanos de todos los círculos de Carabobo.

En el alojamiento destinado al Presidente y su comitiva hay un almuerzo. También hay damas y música, y como «no sólo de pan vive el hombre», se baila, sin que para el homenaje á Terpsícore sea óbice la hora, cálida en extremo; la marcha forzada que acabamos de hacer, ni los arreos campales que no hemos tenido tiempo de abandonar.

«No sólo de pan vive el hombre», pero á veces el hombre no puede vivir sin el pan.

Es medio día.

El Presidente se sienta á la mesa. Mientras se hace honor á las viandas, la orquesta dice atrabiliariamente unos valses regionales y el champang bulle en el charlatán bacarat.

De súbito la música cesa, y una dama dirige al Presidente la palabra, una palabra desenfadada y rotunda, para decirle á nombre de Tocuyito frases de gratitud y de cariño, frases de partidarismo, que terminan con una afectuosa despedida. Esa dama es María Agreda.

Tocado en lo más íntimo por el verbo elocuente de María, el Presidente se pone de

pie, y responde á la joven verbigentil, con una improvisación de soldado y caballero, en la cual tuvo los matices del lenguaje oficial y de la más fina galantería.

Inspirado en el juego verbal de la Mujer y del Héroe, León Paz Guerra, Secretario de Gobierno en Carabobo, y orador de fácil concepción, habló para decir en síntesis, que Castro había obtenido en Tocuyito otra victoria : la conquista de todas las voluntades.

El Presidente de nuevo en pie, consigna todos sus triunfos en aras de su Patria y de su Causa, repite que él pide la unión de todos, no para bien particular, sino para ventura y prosperidad de la República.

Los aplausos asordan.

El almuerzo concluye, y bajo el cielo azul de Carabobo, bajo el mismo ardiente sol que hizo brillar un día las armas de los patriotas de la emancipación, salimos de Tocuyito por tierras consagradas, camino de la villa de Valencia.

A las cinco de la tarde llegamos á la capital de Carabobo.

El Presidente entró en carruaje. Otros carruajes y muchos jinetes le hacían escolta de honor.

Músicas y voces, banderas y arcos triunfales, alegran la ciudad.

Las multitudes se apiñan al paso del coche presidencial.

En una avenida de la Plaza Bolívar un orador le da la bienvenida. El Presidente responde á la cortesanía popular con un discurso lleno de sinceridad y patriotismo.

*

La nota culminante de nuestra estada en Valencia fué el Recibo ofrecido á aquella sociedad el 17, por el General Cipriano Castro.

El local escogido para este acto fue el «Club Centro de Amigos».

Antes de nuestra llegada ya el señor Emilio J. Maury estaba en Valencia decorando los salones de la fiesta. Y he de repetir mis propias palabras al trasmitir por telégrafo mi impresión de ese día: el artista imprimió al bello local, el mágico *cachet* restaurador.

A las cuatro de la tarde empezó á afluir la concurrencia, y nunca como entonces pudo decirse que allí se congregó á la invitación del Andino Esclarecido, la flor de la sociedad valenciana. Toda la aristócrata ciudad calumniada de apática, ó remisa á las espansiones del espíritu, allí estaba luciendo la gloria de sus blasones y el esplendor de sus bellezas.

A completar el sugestivo cuadro vinieron algunas señoras y señoritas victorianas.

Una selecta orquesta bajo un kiosko artísticamente levantado en el centro del

patio principal ejecutó un variado programa, no sin perjuicio de que la Banda «Castro» tomara participación en los descansos de aquélla.

Cuando la tarde murió y empezó la noche, la belleza del Club se aumentó, gracias á la iluminación profusa y multicolora de las lámparas eléctricas, escondidas entre las flores como luciérnagas.

A las ocho de la noche se sirvió una cena.

Evitamos todo encomio á la riqueza y abundancia de esa cena, pues ya es de presumirse sabiendo quien fue el anfitrión.

Tras el exquisito refrigerio volvió la danza, y no fue sino hasta después de media noche cuando terminó el suntuoso Recibo del Presidente.

El sábado fue consagrado al descanso, como en el tiempo genésico.

Y el domingo al amanecer, salió el General Castro acompañado de su comitiva para esta Caracas que atrae como un abismo y en cuyos brazos muelles, nos sentimos vivir como en las garras suavísimas de un pulpo.

Ya nuestro Director dijo en síntesis brillante nuestro camino de Valencia hasta aquí. Su pluma describió en período digno del asunto, el paso del Magistrado por La Victoria. Con ese editorial terminan estos apuntes, hechos atropelladamente, obedeciendo á la tiranía del diarismo que no nos

permite vestir meticulosamente la frase con que nos hemos encariñado, y la cual sale á la escena pública, como hija huérfana, haraposa y desharrapada.

Al comenzar mis apuntes prometí lo que no he cumplido: hacer conocer de los lectores de *El Constitucional* las ventajas que se derivan de estos viajes presidenciales.

He tratado de pintar la faz sportiva de la excursión, pero nada he dicho de los provechos alcanzados por los pueblos recién visitados por el Presidente.

En mi próximo artículo que será el broche de esta información se verá cómo el Magistrado Restaurador va sembrando de beneficios los lugares que recorre, viendo sus necesidades y predicando como un apóstol la unión entre los hombres de buena voluntad.

DEDUCCIONES

Regresemos espiritualmente por cada uno de los lugares recorridos por el ciudadano Presidente de la República, y traigamos á este final de nuestras notas el recuerdo de los hechos que han de probar las ventajas de los viajes presidenciales.

Apartemos el provecho político que de ellos derivan Pueblo y Magistrado. Dejemos á la consideración pública el analizar la fortaleza del vínculo que forma el íntimo cambio de ideas entre el Gobernante y sus gobernados.

Dejemos todo su intrínseco valimiento á «la conquista de voluntades» que va haciendo por todas partes el carácter sencillo é insinuante del General Cipriano Castro. Esperemos que el tiempo dirá elocuentemente cómo en Aragua, Carabobo y Zamora no tiene ya la Restauración ni siquiera adversarios sistemáticos, y entonces sabremos cómo por obra de sus visitas, ha podido el Jefe del País hacer de sus adversarios de ayer, amigos personales que «lo respetan porque es grande, y que lo quieren porque

es bueno.» Que lo admiran porque él les cuenta sus proyectos, todos tendientes á la buenaventura de la Patria; que lo comprenden porque les habla en lengua llana como un viejo camarada; y que le prometen adhesión porque lo saben fuerte y hábil para ser encaminador de multitudes por caminos llenos de esperanzas y de gloria.

Psicológicamente estudiando, se comprende que nuestro pueblo es tímido y orgulloso. El Presidente de Venezuela en la «turris ebúrnea» del Palacio de Gobierno, es para la generalidad tímida y orgullosa, algo que está muy lejos, unas veces porque nuestra pobreza de ánimo nos distancia de él, y otras porque nuestra sobra de orgullo no nos deja ni siquiera pensar en la solicitud de un medio para llegar hasta él.

Y así vivía el Presidente, conocido de su pueblo á veces solo, por la leyenda de la oposición, que siempre tiene á la mano para el Jefe del País el pomposo título de Tirano.

Por allá, por mi pueblo, un Presidente era tenido como un déspota; los periodistas adversarios lo pintaban con gesto trágico de monstruo, y en la imaginación simple de mis paisanos la grotesca caricatura, que también podía ser un fiel retrato, se grababa indeleblemente. Y á veces esa conseja ó párrafo de historia fue la fuerza que empujó hacia los montes en actitud insurrecta, á los que por allá pueden reunir para sacrificios bélicos al llamado pueblo soberano.

Palurdos rematados no creían que el Presidente fuera un ser natural, y por el oscuro rincón de las aldeas llaneras lo suponían omnipotente é infalible, inexorable y terrible como Júpiter.

Castro ha acabado con esas rústicas balsamías.

No es él el primero que viajó por pueblos de Venezuela, pero sí ha sido el primero en penetrar en la gente de esos pueblos y tratar con ella mano á mano.

El 17 de junio, en su Recibo dado en Valencia en el Club «Centro de Amigos,» mientras la noble sociedad se entregaba á la danza, él desde una de las ventanas del Club sostenía diálogo cordialísimo con gente anónima de las «barras.»

Un Presidente así cautiva á nuestro pueblo que es tímido y orgulloso y que por tales razones quiere que de arriba le concedan lo que él no se atreve ó no quiere pedir.

En todo el camino de Valencia á San Carlos, yo he visto el Presidente de Venezuela, detener la rápida marcha de su caballo, escuchar el ruego de un campesino, y luego poner en la mano de éste, tremulante y rugosa, una reluciente moneda de oro; yo lo he visto en las «Vueltas del Naipe» sofrenar su caballo, ante una chiquilla palúdica, errante por allí, para asombrar su ignorancia é inocencia dejando en su manita sucia otra brillante moneda de oro.

Aquí un grupo de mujeres lo llama, le dicen que son huérfanas, le piden, y él les da junto con el regalo efectivo, el regalo de una frase cariñosa.

En Tanamaco raciona á una porción de enfermos y de ancianos que lo esperan allí á su regreso; en las poblaciones de Zamora vacía su bolsa en dádiva discreta que nos hace saber el favorecido por sus bendiciones para el hombre generoso.

Todo eso como particular, ahora como Magistrado, da á San Carlos la canalización de un río y el pavimento de una Plaza; da al Tinaco B. 25.000 para el Fomento del Distrito y reparaciones de la Iglesia; da á Tinaquillo suma igual; da á Tocuyito B. 2.000 para la Iglesia; llega á Valencia y reparte B. 5 000 entre los asilos y las iglesias de San José y Guacara, y tres mil pobres vergozantes remedian la sed de su miseria en el puro manantial de su piedad. Pasa por La Victoria y entre el entusiasmo de una rápida apoteosis decreta la carretera del Pao de Zárate que es para Aragua un bien inmensurable. Y todavía como si todo eso fuera poco para darle prestigio á su viaje, tráese de San Carlos un manucristo valioso, el Testamento de Morillo, y lo envía como útil obsequio á la Academia Nacional de la Historia.

Y todavía más, como advirtiera á su paso por Carabobo que en la columna levantada en la llanura inmortal falta el nombre

esclarecido de José Antonio Páez, actor principalísimo en la batalla que aquella Columna conmemora, patriota y justiciero es propósito suyo desde entonces hacer la rectificación histórica, llevando el nombre del Bravo Lancero á la espectación de las generaciones en el simbólico monumento.

Este solo hecho agiganta la figura moral de Castro, y hace valer su viaje.

Páez, ya fuera de los juicios de los hombres, es merecedor de todo homenaje, y era mengua el olvido de su nombre, precisamente allí, en aquel campo, donde la fiera de su valor desgarró con su garra formidable el último girón de una bandera conquistadora.

Pobremente, queda descrito el último Viaje Presidencial, y de manera pálida he tratado de demostrar los provechos derivados de él.

Al cerrar estas líneas, ruego al General Cipriano Castro, se sirva aceptar este trabajo como una nueva manifestación personal de su admirador de hoy y de mañana.

RAFAEL SILVA.

Caracas: junio de 1904.

VISITA

DEL

GENERAL CIPRIANO CASTRO,

PRESIDENTE PROVISIONAL DE LA REPUBLICA,

AL ESTADO ZAMORA

DESCRIPCION DEL RECIBIMIENTO QUE HICIERON AL

SUPREMO MAGISTRADO,

DEL DIA 9 AL 14 DE JUNIO LOS PUEBLOS DEL ESTADO

POR L. ALVARADO

ANUNCIO OFICIAL

Los zamoranos fueron no ha mucho sorprendidos con la noticia de que el Presidente de la República visitaría el territorio del Estado. Inusitado era el hecho y raro por extremo. Desde los tiempos del Gran Demócrata no se registraba un acontecimiento de esta suerte; y tratándose del actual Presidente doble importancia había de tener la visita oficial que se anunciaba.

¿Podrá un simple cronista describir esta gira presidencial con la propiedad que es menester? Ensayaremos á hacerlo y á cumplir, en la medida de nuestras fuerzas, la tarea que otra vez se imponían los antiguos escritores de la madre patria, cuando llenos de entusiasmo narraban los viajes de los reyes católicos al través de la Península.

PREPARATIVOS

Los pueblos del Estado se preparan, pues, á recibir al noble huésped, con la iniciativa del Presidente Provisional, Doctor Aquiles

Iturbe, quien dirigió las invitaciones respectivas á las Secciones del Estado y á varios personajes de fuera del mismo. Se nombró una Junta Directiva para la recepción, y el 29 de mayo fué redactado el programa correspondiente, que sufrió después, en su ejecución, ligeras modificaciones.

Movidos por el deseo de ver y conocer al Presidente afluyeron á la capital del Estado muchos ciudadanos y comisiones especiales de los diferentes distritos. Todos aspiraban á porfía á asistir á esas festividades de la paz y dar pruebas ellos mismos de su amor á las instituciones y su respeto al Gobierno.

ENTRADA AL ESTADO

Divulgada que fué la llegada del Presidente á Tinaquillo, fuéle enviada una comisión *ad hoc* para recibirlo y presentarle sus respetos. Componíanla los señores Generales Emiliano Azcunes y Eliseo Borjas, Doctores Luis María Sosa Díaz, M. Villasana y César González, Bachiller P. P. del Rosario, Pedro Manuel Rojas, Coroneles J. M. Moreno y Rafael Montenegro, Bachiller Juan Pedro Quintero y Doctor P. Rangel.

Muchos de los que estaban ya en la capital se adelantaron al Tinaco, y varios otros siguieron el día 8 por la tarde, en unión del Doctor Iturbe, hasta el río Tamanaco, que es la línea fronteriza del Estado por la parde Carabobo. Entre los últimos se contaban el General Salvador Barreto, 2º Vicepresidente del Estado, el Doctor Guillermo Ba-

rreto Méndez, Gobernador de la Sección Cojedes, el General Juan José Briceño, Comandante de Armas, Doctor Francisco J. Machado, Bachiller Ignacio Pedroza, Director del *Eco de las Pampas* y L. Alvarado. Entre los primeros recordamos á los señores General Carlos Manuel Cárdenas, Gobernador de la Sección Portuguesa, General Pedro Pablo Montenegro, ex-Presidente del Guárico, Coronel José Manuel Hernández, Cándido Uzcátegui Padrón, Eugenio González Herrera, Modesto Barreto, Ignacio Núñez, José León Macías y otros muchos.

A corta distancia del río se levantaba un arco alegórico en el cual se leía esta inscripción: « El pueblo zamorano saluda al siempre vencedor jamás vencido, salvador de la República. ¡Salve! Los fulgores de cien combates forman tu diadema de héroe». Dos retratos, uno de Castro y otro de Zamora, dibujados al creyón por el señor F. Ruiz, exornaban el arco, cuya traza y disposición mereció muchos elogios.

Frecuentes lluvias entorpecían, mas no interrumpían, la general animación. A trechos aparecía el camino húmedo y fangoso, nublado el cielo, desorientado el viajero; mas las espontáneas manifestaciones que se habían ideado para recibir el afamado huésped siguieron adelante con regularidad, y el 9 al amanecer había un grupo considerable á caballo á inmediaciones del arco, y unos doscientos hombres de caballería y

quinientos de infantería colocados con mucho orden en las cercanías.

Algunos de los que formaban la comitiva del General anunciaron con su llegada la aproximación de éste. Todas las miradas se dirigieron entonces con insistencia á Carabobo: se dirigían á la orilla opuesta del río, á la vuelta que hace el camino, á los intersticios que dejaba la maleza y el follaje. Algunos cohetes indicaron que ya era tiempo.

A las 7 y media llega por fin el General Castro cabalgando una andadora mula é impetuosamente se lanzó á las turbias ondas del río. Un grito de ¡Viva el General Cipriano Castro! repetido por los circunstantes y secundado por las detonaciones resonó al punto. El Presidente, tan luego como saludó y abrazó al Doctor Iturbe, siguió sin detenerse á la casa inmediata, donde estaba ya la mesa lista.

«Por fin estamos en Zamora» dijo, y emprendió luego una conversación viva y chispeante, á proporción que le iban siendo presentados algunas de las personas allí presentes.

PRIMERAS IMPRESIONES

No conocíamos personalmente al afamado Caudillo y pocas ocasiones le vimos después; pero imaginamos que á haberse encontrado por primera vez en presencia de pueblos orientales, le hubieran sin duda contemplado con grandísima admiración y como

si fuera un predestinado mahdí. Los guerreros del Egipto concebían un verdadero capitán en Kleber y con mucha dificultad en Bonaparte. La marcha triunfal de este último á lo largo del Nilo y sus fabulosos combates les llenaron de estupor. En medio del desenvolvimiento adquirido por el arte de la guerra y la ciencia de la política en las naciones occidentales, todo depende de la actividad del genio.

El General Castro posee una extraordinaria energía, aunque le place en ocasiones posponer á su popularidad el brillo de sus luchas y sus laureles de guerrero.

Es al trabajo y la perseverancia á lo que se debe en la mayor parte de las veces el éxito que corona los esfuerzos del genio. Hay hechos providenciales, casi producidos por obra divina, que podrían verse analizados y razonados en «Los orígenes de la Francia contemporánea». Su acción sorprendente, el prestigio de que rodean al que las ejecuta, el efecto que causan en las masas, las fábulas que ocasionan, todo contribuye á que se desfigure en mucho ó en poco la filosofía de la historia, á que se emitan ideas contradictorias sobre los grandes caudillos, á que su obra aparezca meritoria y laudable ó al contrario perjudicial y reprobable. Hoy poseemos mejores métodos de investigación que los de que disponían los inventores de los hombres providenciales. La evolución social se sigue

paso á paso, los factores que en ella intervienen se miden, se pesan y calculan; y tras esa investigación paciente é imparcial se valoran los hombres predestinados con el módulo de la inteligencia para concebir, de la energía para proceder, de la perseverancia para sobrepujar en trabajo á los demás y para llevar á cabo de esa manera los proyectos capaces de producir una gran reforma, una gran revolución. Así puede juzgarse el General Castro.

Por nuestra parte, en dos cosas le hemos tributado sincera admiración y nuestro particular aplauso: en las reformas que ha hecho á la legislación civil y en su clemente actitud con los vencidos. Clemencia por cierto digna del credo liberal, reformas de hecho oportunas para los oprimidos, para los ilotas del derecho moderno. La verdadera gloria no es gloria sino cuando se hace *humana*, cuando confunde sus rayos deslumbradores con la lágrima del desdichado, con el grito del moribundo, con el suspiro del lacerado, con la súplica del vencido; y el hombre más grande no es grande sino en el instante en que desciende para tender mano clemente á los excluidos del común bienestar.

Bajo tales consideraciones hemos visto ahora al Jefe de la Restauración Liberal, y lo hemos hallado digno de su obra. ¿Parecerán exagerados tales elogios? A los que así lo crean y les parezca vana lisonja, nos

contentaremos con recordar las palabras que en solemnes momentos vertió el poeta

Ai posteri
L'ardua sentenza......(*)

LA COMITIVA

Entre las personas que formaban el séquito del General mencionaremos las siguientes: El General Juan Vicente Gómez, Vicepresidente de la República: los Doctores Julio Torres Cárdenas y Rafael Revenga: los Generales Graciano Castro y Jorge Uslar, hijo: los señores Antonio Pimentel y Felipe Casanova: los Doctores Carlos León y A. Carnevali Monreal: General Florencio Reyes: Eugenio Branger, Rafael Silva (Raúl Sanoja), Manuel Aº. González, Andrés Antón; y el Cuerpo de Edecanes, personas distinguidas, en las que tuvimos el gusto de ver al General Rufo Nieves y á los Coroneles Alberto Peraza, Elbano Nieto, Ascanio Galavís, Leonidas Vivas, Luis Otalora y Mariano Clemente.

Se observó desde luego que guardia ninguna de honor escoltaba al General. ¿Para qué? Guardia eran los zamoranos todos que hacían los honores de la mejor manera que podían, á su digno huésped. El detalle es sin embargo bastante significativo y merece recordarse.

A las 8 a. m. continuó el viaje. Sucesivamente fueron apareciendo filas de infan-

(*) Queda á la posteridad la dificultosa decisión.

tería en todo el trayecto que se extiende hasta el sitio del Topo. Cada cabaña, cada vivienda, ideó la manera de engalanarse para ver pasar el cortejo. Los cohetes y detonaciones iban revelando de trecho en trecho el avance de éste. En Vallecito otro gran golpe de caballería había tomado posiciones para aguardarlo.

Pero nuestro viajero volaba, que no andaba y para seguirlo era preciso galopar. Veíanlo atravesar maravillados como una exhalación, aquellos ginetes que, clavados á la vera del camino, apenas tenían tiempo de victoriarlo y entreverlo; y soñaban tal vez asistir con él á una de esas terribles cargas que muchos de ellos, viejos lanceros, habían otra vez dado, encabezados por un Froilán Barreto, por un Julio Sánchez, allí presentes ahora, ó por algún otro centauro de esos que aún conserva Cojedes en sus pampas. Raúl Sanoja ha recogido la gráfica expresión con que uno de aquellos ginetes hablando con otro ponderaba la celeridad del General Castro. «Compañero, decía, *pa* poder alcanzar á ese hombre vamos á tener que enlazarlo!»

EN EL TINACO

El cañón avisó la aproximación de la cabalgata al Tinaco, donde hizo su entrada á las 10 y cuarto. Empavesadas aparecían las principales calles de la población, sembradas de banderas tricolores, gallardetes y festones. El aspecto moderno de los edifi-

cios, la energía de los habitantes, y el entusiasmo que mostraban realzaba el festival. Muchas inscripciones alusivas al acto había á lo largo de las calles y en los más públicos parajes. Pondremos aquí algunas de ellas:

«Los enemigos son los primeros que reconocen el mérito de su adversario; por eso á Castro lo veneran todos los círculos.»

«El más firme sustentáculo de un magistrado es el aprecio de sus gobernados.»

«Las espadas de Bolívar y Castro, cruzadas al través de la posteridad forman el arco triunfal de las repúblicas americanas»

«Bienvenido sea nuestro invicto Jefe. Su obra es admirable: como Caudillo restauró la paz pública; como Magistrado fundó esta éra civil de unión entre todos los zamoranos. Viva Castro! Viva Iturbe!»

«El hombre que fatigó la fama con el eco de sus victorias tiene hoy, como Magistrado, erigido en el corazón de los venezolanos un altar de gratitud.»

«23 de mayo de 1899—Restauración—10 de diciembre de 1902—Viva el General Cipriano Castro—Viva el Doctor Aquiles Iturbe.»

Esta última estaba escrita en un arco levantado en la esquina del Doctor Barreto Méndez. Dos pequeños escudos que colgaban de las columnas llevaban los dos vivas.

Después de recorrer varias calles en las que fué ruidosamente aclamado, el General

fué á hospedarse en la casa del señor Salvador Barreto.

LUNCH

A la 1 de la tarde fué servido un lunch de cien cubiertos en el alojamiento del General. Exquisita fué la cordialidad y la solicitud que para todos se desplegó. Oportunamente se puso de pié el Bachiller Jesús María Blanco para congratularse en expresivas y decidoras frases con el Jefe del País, quién de seguidas tomó la palabra para contestar. Sus ademanes vivos y nerviosos, su mirada profunda y severa, parecían indicar, é indicaban en efecto, esa afluencia de ideas, esa riqueza de pensamientos con que él se exhibe de ordinario. Dijo que no extrañaba aquellas demostraciones del pueblo zamorano, porque con ellas indicaba éste haberse penetrado de sus ideales: que su corazón era del pueblo y que su fe no había desmayado en medio de los conflictos internacionales que amenazaron la Patria: que si algunos extraviados no lo siguieron en sus propósitos y le hicieron guerra, fué por no haberle conocido; y que venía á confundirse entre nosotros para probar al mundo entero que habían terminado para siempre las guerras civiles.

A los aplausos que acogieron las palabras del orador siguió un oportuno brindis del Doctor Iturbe que fué también muy aplaudido. Después de manifestar que Castro era el único Caudillo que había tenido la

América después de la Independencia que podía parangonarse con los Jefes de las dos grandes hegemonías colombiana y argentina del continente americano—Bolívar y San Martín—y que como ellos era digno de recibir los homenajes de los pueblos, tributados á sus hazañas bajo el arco del Ecuador, brindó por la Causa Liberal Restauradora, de la que dijo no llevaba en sus banderas inscripciones fabulosas para amedrentar á nadie; pero que su fundador y sus adictos llevaban en sus corazones los estímulos del trabajo y el reconocimiento justiciero para las nobles virtudes. También brindó por el General Gómez y el Doctor Torres Cárdenas, «colaboradores distinguidísimos del gran Caudillo.»

Durante este tiempo amenizaba el acto, la Banda Castro con piezas escogidas de su repertorio; y en la noche, bajo los acentos de otra banda de música traída de Caracas, bailóse alegremente hasta las dos de la madrugada.

CONVERSAZIONE

El mismo día 9 había circulado la siguiente invitación.

«Doctor Guillermo Barreto Méndez, Gobernador de la Sección Cojedes, tiene la honra, á nombre del Doctor Aquiles Iturbe, Presidente Provisional del Estado, y de los pueblos que componen esta Entidad Federal, de invitar á usted á un sarao que se dará en la casa de habitación de la señora Rita Arana de Lima en obsequio del Bene-

mérito General Cipriano Castro, Presidente Provisional de la República, la noche del siguiente día de su llegada á esta ciudad. Tinaco: 9 de junio de 1904.»

El sarao comenzó el 10 á las 11 a. m. y se hizo notable por su lujo y animación. Nada faltó en el ambigú, que fue servido con liberalidad y buen gusto. El arreglo del local se había dispuesto de manera que á todos cupiera la comodidad y el placer que para ellos se buscaba.

Recibían á las familias las amables señoras Amelia de Barreto y Josefa de Pedroza. Allí tuvimos ocasión de ver á las señoras Nicolasa L. de Méndez y Lastenia D. de Méndez, á las hermanas Aurora y Anita Barreto Méndez, singulares por su afabilidad y cultura: á la graciosa Lastenia Méndez, á Luisa y Clemencia Cisneros, de gallarda apostura y suaves modales: á Juana Tuozzo que en sus facciones revela el hermoso país patria de Mignon, «donde florece el naranjo»: á Rosario Sosa Díaz, bella en su cortesanía, y nacida como para dama de un caballero andante; y en fin, para formar con todas un variado y rico bouquet, rico y variado como los colores y las formas que exhibe la región privilegiada en que vagan sus ensueños y esperanzas, mencionaremos á las señoritas Carmen González, Ermelinda y María E. Fernández, María Victoria y Concepción Barreto B., las Oramas, las Méndez Dorantes, Dolores del Rosario, Rafaela María y Petra Barreto, Eloisa Arana

Dolores Moreno M., Norberta González, María Moreno V., María Luisa González B., Ana María y Rosa Blanca Moreno S., Belén Salinas, Rosa Lizausaba y otras que no acertamos á recordar ahora.

El programa musical era como sigue :

«BAILE DEL TINACO

Obsequio del Doctor Guillermo Barreto Méndez, Gobernador de la Sección Cojedes, á nombre del Doctor Aquiles Iturbe, Presidente Provisional del Estado, y de los pueblos que constituyen esta Entidad Federal, al Benemérito General Cipriano Castro.

PROGRAMA

Marcha *Venezuela*—Teodoro Rodríguez.

Vals de introducción, *Cantos de Himeneo*—Czibulka.

PRIMERA PARTE

1º Vals *Vida Palermitana*—Czibulka.
2º Cuadrilla *Cadena de damas*—Waldteufel.
3º Vals *María Luisa*—Anglade.
4º Polka *Pizzicato*—Waldteufel.
5º Vals *Cien atmósferas*—Waldteufel.

SEGUNDA PARTE

6º Danz *La Marquesita* - Díaz Peña.
7º Vals *Reformas*—Díaz Peña.
8º Cuadrilla *La Familia*—O. Metra.
9º Vals *Loin du Pays*—Waldteufel.
10. Polka *Retorno al Campo*—Bocalocci.
11. Vals *Geranio*—P. E. Gutiérrez.

La orquesta será dirigida por el maestro Luciano Iriarte.

El Tinaco: 10 de junio de 1904».

En el desempeño de este programa alternaba con la orquesta, durante el baile, la Banda Castro, hábilmente dirigida. Todo

pareció haber terminado en la tarde; pero el baile, que es la pasión de las hijas del trópico, tornó reencenderse en la noche y á las 12 se acallaron los últimos acentos de aquella espléndida velada.

Haremos observar, como justo homenaje al genio industrial, el empleo del gas acetileno para el alumbrado que por primera vez fue instalado entonces por el señor Rafael Méndez Figueredo, mediante un procedimiento diferente del de Roversi: El ensayo tuvo un éxito completo.

A SAN CARLOS

El día 11 á las 7½ salió el Presidente del Tinaco hacia San Carlos. Análogas ovaciones le fueron hechas en el trayecto á las que había recibido desde que penetró en el Estado. En Orupe, línea divisoria del Distrito capital, habíase levantado un arco en el cual se veían las imágenes de Bolívar y de Castro. En la parte superior se leía *Pro Patriâ;* y en los fustes de las columnas estas dos inscripciones: «Bolívar libertó cinco repúblicas; Castro hará de ellas la gran confederación Suramericana».

«Bolívar libertó á Venezuela: Castro la ha restaurado. Los héroes completan las grandes obras.»

Desde Orupe hasta San Carlos estaba tendido un cordón de gente de caballería, que sucesivamente fué repitiendo un prolongado viva á Castro á proporción que el héroe avanzaba á la capital del Estado.

A las 9½ a. m. avistó el Jefe de la Unión la antigua villa de San Carlos. Más de cien personas á caballo y una multitud de á pié se habían agolpado en las afueras de la ciudad.

En la que fué antes plaza de Altagracia se detuvo el General Castro. El Doctor José Manuel Montenegro, Secretario General de Gobierno, había subido á una tribuna y en su fácil, resonante y castizo decir habló al General Castro á nombre de la Junta Directiva de la recepción y á nombre y en representación de los Altos Poderes del Estado y del pueblo zamorano. Daremos el resumen de esta arenga, en la que el orador sintetizó los más interesantes problemas que envuelve la política del Estado.

Después de poner en relieve la alegría, el amor y la gratitud de los zamoranos para con el Jefe del País, «fundador de la paz de la República, libertador del territorio patrio durante las ambiciones y el conflicto por los que atravesamos el año pasado y restaurador de las instituciones del país,» dijo que éste obedecía en su visita, no tanto á una aspiración de su alma, sino al cumplimiento de un deber augusto, puesto que tanto los reyes en las monarquías, como los presidentes en las repúblicas, estaban forzosamente obligados á visitar el territorio patrio, para recojer en cada región las impresiones y las necesidades de cada ciudad y

de cada pueblo; y al tornar á la mansión capitolina, llevar la evidencia objetiva de lo que es necesario hacer para encauzar á la nación por las corrientes de su progreso material y de su prosperidad futura.

Dijo también que el grande Estado Zamora, al reaparecer en el proscenio de la historia se mostraba rico en territorio, rico en hombres y rico en gratitud para con el General Castro; y que esa gratitud habrían de confirmarla los hechos en medio de las infinitas vicisitudes que pudieran sobrevenir. Habló luego de la designación hecha por el General Castro de la ciudad de San Carlos para capital del Estado: «designación absolutamente justa, conveniente y merecida»; añadiendo «que desde las poéticas campiñas que bañan las linfas del Tamanaco hasta la selva umbría de San Camilo que fecundan el Teleo y sus afluentes, no hay en la parte austral del territorio patrio una ciudad con mayores condiciones que San Carlos para ser la mencionada capital: que en apoyo de esto están los testimonios de la geografía física, de la geología y de la higiene; y que si no bastaran los oráculos de la ciencia para el efecto indicado, él invocaría como testimonio fehaciente é incontrovertible, que San Carlos es la tumba de Ezequiel Zamora: que aquí cayó herido por el ángel de la muerte el padre de la Federación Venezolana; y que de entre los muros de esta ciudad heróica se alzó su espíritu entre resplandores de gloria para ir á ocupar asiento

de honra en la mansión excelsa en donde viven las almas de Bolívar, de Páez, de Sucre y de Ricaurte»; y agregó luego que había procedido el Benemérito General Castro con estricta justicia al hacer la ciudad que es la tumba del General Zamora la capital del Estado que lleva su glorioso nombre.

Tres vivas á Venezuela, á la Paz y â la Restauración Liberal siguieron á este discurso, después del cual se puso de nuevo en marcha la comitiva presidencial y penetró en la población en medio de ruidosas demostraciones de alborozo y de una salva de 21 cañonazos que á intervalos retumbaba. El batallón «Castro,» que hace la guarnición de esta plaza, hizo al Presidente los honores militares en orden de parada que accidentalmente mandó el 2º Jefe de las fuerzas del Estado, General Rafael A. Lago. Hospedóse el General Castro en la casa del Doctor Luis Fraino Figueredo.

LAS ESCUELAS

Poco después hubo de recibir los parabienes de los alumnos de las escuelas, á quienes representaban trece niñas, en señal de los trece Estados de la Unión. La que representaba á Zamora, María Antonia Llamozas, llevó la palabra y dirigiéndose con despejo al General Castro, le dijo entre otras cosas:

«Señor General: la histórica Sancarlos renace y los honrados pueblos de Zamora se incorporan, y como náufragos salidos del

fondo de las aguas se adhieren á la potente nave que lleva vuestros destinos y los destinos de la patria hacia los dominios del progreso y de la civilización de Venezuela. Son bellísimas las auroras que lucen sobre el cielo zamorano; y de ahí que todos los corazones saluden en este día al salvador de la honra nacional, al hijo benemérito de la ciudad de San Carlos; y yo en obedecimiento de la delegación que se me ha confiado, os saludo en nombre del Estado Zamora, en medio de mis queridas compañeras que en conformidad con un pensamiento simbólico, representan aquí los demás Estados de la Federación venezolana.»

El Presidente agasajó á la alumna al terminar su discurso y oyó después el siguiente soneto acróstico, producción del poeta Mauricio Pérez Lazo, que recitó la niña Lola Pérez, quien representaba el Estado Táchira:

Condor andino de potentes alas
I raudo empuje, levantaste el vuelo ;
Poderoso y audaz, vecino al cielo,
Rozaste el sol en las etéreas salas ;
I al ver sin cetro y sin sus regias galas
A la patria gemir, bajaste al suelo,
Númen de amor, á sucumbir en duelo
O á orlar su sien con el laurel de Palas.

Combatiste ; y atando la victoria
A tu corcel de guerra enardecido,
Sobre un trono magnífico de gloria
Te admira la nación que has redimido
Raudas de luz alumbrarán tu historia,
Oh egregio vencedor nunca vencido !

Esta fué la recepción que, siguiendo una forma tradicional y uno de sus modos más sencillos, hicieron las escuelas al General Castro.

DIVERSIONES POPULARES

San Carlos y El Tinaco se habían desafiado con anticipación. Se habían desafiado en una serie de combates de gallos que á pesar de las condiciones desfavorables de la estación, fueron convenientemente preparados y disciplinados por sugetos competentes. Los aficionados, que fueron numerosos, tomaron parte en este espectáculo, que se continuó al día siguiente, dando por resultado que de ocho peleas que se comprometieron ganó cinco San Carlos y tres El Tinaco.

Después de los gallos, los toros, que se corrieron en la tarde y también el día siguiente. No hubo por fortuna en este ejercicio del llanero, que tanto llama la atención del extranjero, ninguna desgracia que lamentar.

La parte más humilde del pueblo tenía mientras tanto su hora de audiencia. Agrupada á las ventanas del augusto viajero, contestaba á sus preguntas, recibía sus dádivas, admiraba su llaneza y afirmaba con ellos cada vez más el convencimiento de la popularidad que gasta el Jefe de la Restauración.

TE-DEUM

El 12, á las 8½ de la mañana fué la celebración del *Te-Deum* que de antemano se

había acordado cantar en la Iglesia Matriz. Una gran muchedumbre colmaba las naves del templo, al que asistió el General Castro ostentando las condecoraciones del Busto del Libertador de 1ª clase, y la medalla de la Constituyente y en medio de sus más distinguidos acompañantes y de los altos funcionarios del Estado.

Al comenzar cantó el señor Antón con acompañamiento de órgano, una plegaria, paráfrasis española de Job, compuesta por el Maestro Eslava. Luego subió al púlpito el Pbro. Doctor Leopoldo Lima Blanco y pronunció una oración sagrada cuyo texto vamos á transcribir á continuación:

«*Ciudadano Presidente de la República:*

«*Ciudadano Presidente del Estado:*

«Cuando las primeras lluvias humedecen la tierra, el labrador repasa con el arado el terreno que destina á la siembra, y luego sus manos derraman en los surcos que acaba de trozar, el grano que ha de producir más tarde cosechas abundantes. El tiempo de las siembras es el de las esperanzas y deseos. La lluvia que ablanda el suelo, una noche que lo refresca, algunos copos de nieve que lo cubren con blanco y ligero velo, es bastante para despertar la confianza en el alma del celoso cultivador.

«Hay también en la vida de las naciones estaciones privilegiadas en que el experto conductor que rige sus destinos, con marca-

do acierto digno del encomio y de la voz de la generación que vincula en él sus días de más preciadas glorias, siembra en los corazones como en las inteligencias el gérmen que debe madurar el tiempo y de donde oportunamente saldrán espigas llenas de codiciados frutos. Días gratos y perdurables recuerdos, esos en que el alma se llena de confianza y ensueños de penas y hermosas ilusiones, y regocijada entonces prorrumpe en cánticos de amor y gratitud un himno de fervientes bendiciones. Canta sí, como al amanecer de una hermosa mañana de primavera, el pájaro cuyas alas se han extremecido al primer rayo de la aurora, se agita sobre las ramas y extiende bajo el follaje, envueltos en brisas de las flores, al compás del agua del arroyuelo que se desliza murmurando y forma coronas de blancas perlas á las rocas que enlaza con sus brazos, sus amores y sus cantos. Así explicadas las entusiastas manifestaciones, así traducido aunque imperfectamente el contento y la dicha de los hijos de la Sección Cojedes, del Estado Zamora, en este hermoso y próspero período de paz de que disfrutamos por la honrosa visita que se digna hacerle el Jefe Supremo que rige los destinos del país. El patriota distinguido que consagra las energías de su juventud, las luces de su procerosa inteligencia y el temple de su levantado carácter, al brillo y engrandecimiento, al renombre y poderío de esta porción afortunada de la América del Sur: el guerrero

ilustre que llegada que ha sido la hora de las desolaciones para la Patria convoca en torno suyo el ejército, é inocula á favor de su ardiente palabra, así en jefes como soldados, la inspiración de su estrategia y genio militar, la combinación admirable de sus planes y el fuego de su resolución, marcha y síguenle todos; nada es parte á arredrar á los que él enaltece con su mirada y sus palabras: ni la inclemencia de las estaciones, ni las asperezas de la ruta, ni el número ni el valor de sus enemigos. Vence luego y la Patria, orgullosa de tal bravura, le ha recibido en su regreso con los brazos abiertos cabe los triunfales arcos de que ha sembrado el camino. Es por esto y para que la dicha sea cabal y traduzca con más elocuencia lo fausto, lo trascendental de este acontecimiento que el ciudadano Presidente del Estado con acierto y lucidez ha querido unir al entusiasmo de la ciudadanía, al esfuerzo laudabilísimo de esta histórica ciudad, al noble orgullo y timbre de preciadas glorias que tan honrosa distinción cabe al Estado que dignamente preside, la cooperación de los Ministros del Altísimo y las plegarias y votos de la Iglesia.

«Prodigio inefable del amor de Dios la institución de la adorable Eucaristía! De su fé en el sacramento de los altares, de la recepción del cáliz de su sangre, sacaron los primeros cristianos la fuerza heróica, sobrehumana, para presentarse espectáculo de los ángeles y de los hombres, en el anfiteatro á

ser pasto de las fieras. Y los grandes bienhechores de la humanidad, esos hombres que han sobrepujado la talla común de su raza y se ven hoy tan grandes colocados en su pedestal, y que aparecen sólo de cuando en cuando por disposición divina, en ese cáliz bebieron la constancia ó hacia ese tabernáculo volvieron sus miradas para vencer obstáculos que parecían invencibles. A ese tabernáculo se acercó Colón para descubrir el Nuevo Mundo, Juana de Arco para libertar la Francia, y Francisco de Asís y Domingo de Guzmán cuando pensaron fundir en el molde católico el mundo corrompido de su edad y Vicente de Paúl para la creación portentosa de las hermanas de la caridad, de esas abnegadas mujeres, que llevan sus almas sahumadas con inciensos de plegarias, que cambian en la mañana de su vida, su juventud, los halagos del mundo, los regalos del siglo, las rosas del semblante y el oro de sus madejas, por las lágrimas y los lamentos en esos asilos en donde sólo tiene su asiento el dolor, el desamparo y la orfandad.

«En nosotros mismos y marcando dos épocas memorables que podemos llamar la primera nuestro más dulce recuerdo, siendo la otra nuestra más consoladora esperanza, vemos también los prodigios inefables de esa sublime institución. En la mañana de la vida del hombre, como hermosa paloma blanca abandona el día fabricado en lo alto de la roca y viene á sacudir sus alas sobre la

tierra, á batirlas sobre esas almas puras para hacer caer sobre ellas el bálsamo del amor divino, á posarse en sus tiernos é infantiles pechos para luego invitarlas á volar lejos de la tierra con rumbo siempre hacia sus místicos alcázares. Si á ese día venturoso, á ese llamamiento amoroso, unimos el día y llamamiento en que blanca la cabellera, surcada la frente, oscurecida la mirada, de esta vida nos disponemos á entrar en la otra, del tiempo pasar á la eternidad, abandona el nido fabricado en lo alto de la roca y viene á traer otra vez bálsamo del amor divino, con cuya virtud y fortaleza asciende sin flaqueza hasta la cima de la alta montaña.

«Y á este acto grandioso, de gratas recordaciones para el patriotismo y que inaugura un período brillante de ventura y florecimiento para el Estado Zamora, la Divina Hostia ha venido también á darle realce, brillo y esplendor.

«Volvamos nosotros las miradas al tabernáculo en esta hora consoladora, en estos solemnes momentos! Que contemplando con reflexión, con detenimiento, el sol eucarístico, somos nosotros cual prisionero que entrevé por entre los espesos hierros de la reja de su cárcel el sol luciente de la mañana que alumbra los campos de la libertad. Y con nuestras voces las del angustiado peregrino que perdido en la soledad del desierto, interroga á los ecos preguntándoles por el

hospitalario asilo que divisó á luz del relámpago en medio de las tinieblas de la noche.

«Ciudadano Presidente: que la paz de que disfrutamos, la dulce paz hija del cielo, culto de las almas buenas y de los corazones honrados, sol que dora las espigas de los trabajos del hombre, bajo el Gobierno que dignamente presidís, sea fecunda en beneficios para la Nación! Que al amparo de vuestra sabia administración llegue el país para gloria vuestra y timbre de honor y gloria para los venezolanos, á su mayor grado de esplendor y engrandecimiento!»

Cantóse en seguida el célebre himno de San Ambrosio y San Agustín en el cual ofició el Vicario Pbro. Doctor Regino Cubas asistido de los curas párrocos del Rosario, Pbro. Juan R. Hernández, de Acarigua, Pbro. Calles, de Ospino, Pbro. Madroñero, y de Barinas, Pbro. Noguera. Por último la ceremonia terminó con un *tantun ergo*, improvisado por el señor Antón y con la bendición eucarística.

RECEPCION

Al regresar á su morada el Presidente recibió al Concejo Municipal del Distrito que venía con el objeto de presentar el Acuerdo en que declaraba al General Castro «Hijo benemérito de la ciudad de San Carlos.» Habló por la corporación su Presidente, señor José Alberto González. «Tengo que confesaros con orgullo patrio, dijo en ese momento, que para sancionar ese Acuerdo el

Concejo Municipal levantó un plebíscito entre los habitantes de esta ciudad, y todos, todos os proclamaron como hermano; y lo hicieron señor, porque conocen vuestra grandeza, porque saben que lo habéis sacrificado todo en aras de la Patria, levantándola de la postración á que la habían reducido sus malos hijos, para colocarla en el puésto que le corresponde, por cuanto vale y por su historia, á vanguardia de las naciones del continente americano. Así lo comprueban los hechos, así lo pregonan vuestros triunfos en los campos de batalla, en el terreno de la diplomacia, en la política interna y en la administración pública y así lo pregona también la reforma de nuestra legislación.»

El Acuerdo mencionado había sido caligrafiado por el joven B. Ramírez, colocándosele después en un vistoso cuadro. Al recibir éste dijo el General Castro, «que no traía riquezas materiales; pero que traía á los zamoranos riquezas intelectuales, riquezas espirituales y la riqueza del cariño: que su corazón era del pueblo, y que si al sacrificio iba el de San Carlos, tenía especial deseo de sacrificarse él á la cabeza de todos nosotros.»

Otro cuadro que encerraba el retrato del General rodeado de laureles y de un gran pensamiento, le fué ofrendado por la Junta Directiva de las fiestas de febrero, á la cual representaba en esta ocasión el Bachiller Menotti Fraino.

Tocó luego su turno al Clero del Estado, al cual representaba el Señor Vicario y los venerables curas del Rosario, de Acarigua, de Ospino y de Barinas. Fueron recibidos con benevolencia por el hombre que tantos beneficios ha dispensado á la Iglesia venezolana y que con tanto acierto ha ejercido en diversas circunstancias el derecho de patronato.

BAILE

El 11 había circulado profusamente la siguiente invitación:

«Doctor Aquiles Iturbe, Presidente Provisional del Estado, tiene la honra á nombre de los pueblos que constituyen esta Entidad Federal, de invitar á usted á un sarao que se dará en la casa de habitación de los señores hermanos Fraino, en obsequio del Benemérito General Cipriano Castro, Presidente Provisional de la República, la noche del día siguiente de su llegada á esta ciudad. San Carlos: 11 de junio de 1904.»

El baile comenzó en efecto el 12 á las 9 p. m. Se había puesto el mayor cuidado en aderezar lo más suntuosamente posible el edificio y creemos que no hubo que desear en este particular. El buffet, el buvet y el vestiario estaban dispuestos con el mayor orden, gusto y abundancia. La iluminación era holgada y excelente, y en ella reparaban diez y ocho focos de gas acetileno que despedían su luz blanca y tranquila en el local. De nuevo observaremos aquí el hecho

de esta instalación que hizo por primera vez aquí el ingenioso y modesto señor Ramón Méndez Figueredo, y en la que todo, á excepción de los globos, los quemadores y el carburo de calcio, fué manufacturado aquí, empleando en la generación del gas el procedimiento del Tinaco, bien que algo modificado.

Un retrato del General Castro, paramentado con razo amarillo, se destacaba en el fondo de la sala principal; y en el centro del patio se levantaba un kiosco poligonal coronado de farolillos chinescos, remedando un fantástico y descomunal sombrero de pierrot. De allí salían raudales de armonías y seductoras notas que invitaban á danzar. Flores y más flores, flores lindas y fragantes, hijas del trópico, flores imitadas, flores del jardín femenino de San Carlos y El Tinaco, exhalaban su perfume y fascinaban la vista de los concurrentes.

Allí notamos, de traje negro y azul, á la señora Ismenia de Fraino, y negro á las señoras Guillermina de Díaz, Eugenia de Santaella, Eugenia de Cisneros, Carmen de Castillo, Esther de Méndez F., Mercedes de Pérez, Carmen de Moreno, Tomasa de Quintana, Herminia de Sutil y Santos de Cordero. La señora María Luisa de Fraino, vestía traje rosado y blanco, la señora Josefa de Herrera, azul con adornos crema: la señora Julia de Santaella, azul: la señora Eduvigis de Rodríguez, azul con lentejuelas del mismo color: la señora Josefa de Pedroza, ro-

sado y blanco: la señora Belen de Llamozas, surah verde-mar con franjas de gasa blanca: la señora Guillermina de Pérez, blanco con adornos azules: la señora Inés de Molina, carrubio y amarillo: la señora Mercedes de Peña, azul claro y negro: las señoras Carmen de Lerzundy y Josefina de González, gris con adornos blancos: la señora Bárbara de Figueredo, crema con adornos azules.

Pasemos aún adelante en esta rápida revista y recordemos á algunas otras de las jóvenes y bellas parejas. Las señoritas Antonia, Elisa y Carmen Fraino formaban reunidas una suerte de emblema nacional, vistiendo la primera de seda roja con adornos crema, la segunda azul celeste y adornos blancos sobre la falda, y la tercera de color amarillo claro. De este último matiz era el traje de Leonor Sánchez: de carrubio y crema vestía Ana Josefa Sánchez: azul celeste con listas blancas guarnecido de pasamanos perlados y gasa blanca, Luisa Cisneros: rosado con listas y adornos de gasa blanca, Clemencia Cisneros: surah rosado con adornos crema, Julia Moreno: del mismo color, adornos de gasa y pasamanos dorados y banda crema, Edelmira Calzadilla: rosado y blanco, Josefa Quiroz y Aurora Sánchez: negro y rosado, Lucía Lima: azul eléctrico, Carmen G. Molina: rojo, ataviado en blanco, Lastenia Méndez: azul y blanco, Isabel Cisneros y Aurora Barreto: azul marino, América Barreto y Josefa Quintana:

verde, Amada Barreto: rosado, Amparo Barreto: punto blanco en fondo azul, Aminta Barreto: negro, María Teresa Herrera: solferino, Lucrecia Pérez: carrubio y blanco, Juana Tuozzo: carrubio y adornos crema, María Cordero: azul, Eva Cordero: amarillo de gasa, iluminado con galias rosadas y pasamanos dorados y banda rosada, María Quiñones: blanco y rosado, Elisa Quintana.

Ahora, ¿se quiere tener una idea del carácter de la música y el género de las composiciones que se escogieron para aquella inusitada fiesta? Véase á continuación el contenido del programa que, impreso en cartulinas de colores diferentes, volaba aquí y allá en el palpitante pecho de las damas, como nocturnas mariposas que aletearan ofuscadas en torno de la luz:

BAILE DE SAN CARLOS

Obsequio del Doctor Aquiles Iturbe, Presidente Provisional del Estado Zamora, á nombre de los pueblos que constituyen esta Entidad, al Benemérito General Cipriano Castro.

PROGRAMA

Marcha *Venezuela*—Teodoro Rodríguez.
Vals de introducción, *Pomone*—Waldteufel.

PRIMERA PARTE

1º Vals *Loin du Pays*—Waldteufel.
2º Cuadrilla *Sombras chinescas*—O. Metra.
3º Vals *Favorita*—Díaz Peña.
4º Danz *La Marquesita* - Díaz Peña.
5º Polka *Autenil Longchamps*—Wohanka.

SEGUNDA PARTE

6º Vals *Frisson de reve*—Waldteufel.
7º Danza *Magdalena*—T. Rodríguez.
8º Polka *Lionesa*—O. Metra.
9º Cuadrilla *Balancez vos dames*—Wohanka.
10. Vals *Le moisson*—Desormes.
11. Vals *Siempre invicto*—Díaz Peña.

La orquesta será dirigida por el maestro Luciano Iriarte.

San Carlos: 12 de junio de 1904.

Rápidamente pasaban las horas en la embriagadora atmósfera que allí se respiraba. La presencia de muchas personas forasteras en la fiesta, de finos y galantes caballeros y de altos dignatarios, contribuía á que ni un instante se olvidase el trato más culto y aun ceremonioso.

A intervalos vertían las orquestas variadas melodías, ruidosas á veces y regocijadas, ó á veces melancólicas y dolientes, pero siempre henchidas de esa elevada magestad que tiene y sabe comunicar al alma el lenguaje de la armonía. Y rápidamente huyeron las horas de embriaguez de aquella atmósfera arrobadora......

A altas horas de la noche á lo lejos, apagadas por la distancia, se escucharon las notas del valse *Siempre invicto*, mezcla feliz de la alegría criolla con la gravedad sajona. El baile tocaba á su fin.

UN BOLETIN

Entre la primera y segunda parte del programa circuló un boletín del *Eco de las*

Pampas que contenía dos telegramas, uno del Presidente de la República y otro del Ministro del Interior. No podemos prescindir de reproducirlos aquí, pues tienen gran importancia para apreciar las ideas que acerca de estos pueblos bullen en la mente del Jefe de la Restauración Liberal, á quien el periódico enunciado comparaba en su acción al Sultán Kebir, cuando á la manera del huracán, asombraba con hazañas increíbles á los habitantes del Cairo y á los soldados de Murad Bey.

«San Carlos: 11 de junio de 1904.

Señor Doctor Lucio Baldó, Ministro de Relaciones Interiores.

Caracas.

Es preciso recorrer estos pueblos hijos de la labor y del trabajo, para comprender no sólo su índole honrada sino que también que la paz en Venezuela es inconmovible. Los recibimientos en todos ellos superan á toda ponderación, y me satisfacen porque comprendo que son hechos más al individuo que al Magistrado. Todos sin distinción de colores políticos se confunden en íntimas satisfacciones y tienen á esmero superarse en hidalguía y caballerosidad.

Así es como quería yo contemplar la obra de la Restauración Liberal, y el Magistrado que así vé traducidos en hechos tangibles sus esfuerzos y sus sacrificios está plenamente recompensado.

Venezuela, pues, en el camino emprendido llegará sin duda al mayor alto grado de poder y de gloria á que le dá derecho su historia de heroísmo y de grandeza.

Su amigo,

CIPRIANO CASTRO».

«Caracas: 12 de junio de 1904.

Señor General Cipriano Castro.

San Carlos.

Poseído de la más viva satisfacción contesto su telegrama de ayer en el cual tiene usted á bien hacerme partícipe de las gratas fruiciones que embargan su espíritu á presencia de las ruidosas y espontáneas manifestaciones que le hacen los pueblos en la actual visita presidencial. Empiezan ya á dar sus frutos las semillas del bien, sembradas por usted con mano firme y providente en el exhausto campo de la República, y de ese florecimiento de la paz y del progreso, los pueblos siegan ahora solícitamente el más fresco laurel para ofrendárselo á usted. Ese homenaje que no brilla en mármoles ni en bronces pero que es más valioso, porque brota del fondo de todos los corazones, es digno del héroe, y quienes lo rinden dan pleno testimonio de que las virtudes cívicas renacen otra vez y de que la obra de usted es comprendida el fin y apoyada por todos los

hombres de buena voluntad; mayores que sus triunfos de guerrero y de Caudillo son estos que hoy conquista usted, en el afecto de sus conciudadanos, tanto más insólitos, cuanto que eran desconocidos en la vida política del País, triunfos que complementan brillantemente el programa de la Restauración Liberal, pues secundado por todos los venezolanos, realizará usted sus ideales, de ver definitivamente constituida la gran Patria soñada por el genio vidente del Libertador.

Como subalterno de usted tengo á honra presentarle las más entusiastas felicitaciones por el éxito de su visita oficial.

Su adicto amigo,

LUCIO BALDÓ.»

TRIBUTO A EZEQUIEL ZAMORA

Amaneció el 13 de junio. Un recuerdo grato y profundo de la fiesta quedaba en los corazones. A estos legítimos y vivísimos placeres del mundo civilizado, á estas risueñas emociones que traía la visita del Presidente, era preciso añadir un recuerdo al pasado, á los que dejaron sentadas las sólidas bases del edificio liberal á costa de su vida.

El General Castro resolvió visitar la casa en que sucumbió el Valiente Ciudadano, y en compañía del General Gómez y de los Doctores Torres Cárdenas, Revenga, Iturbe y Montenegro, se dirigió allí.

El Doctor Montenegro es uno de los pocos supervivientes de la guerra federal. Era justamente el que departía con Zamora poco antes de su muerte, en momentos en que éste observaba desde el templo de San Juan las posiciones del enemigo.

El Doctor Montenegro, de pié en el atrio del viejo templo, comenzó su narración; y diciendo y haciendo se dirigió con el General Castro á las casas que sucesivamente ocupó Zamora, hasta llegar al sitio en donde recibió la herida mortal, y luego tornaron todos á la casa en que furtivamente fue enterrado el cadáver.

Atentamente oía aquello el General Castro, mostrando gran interés en el relato, en adquirir los menores detalles del hecho, en poseer un conocimiento exacto del memorable acontecimiento, en aclarar los errores que han prohijado banderizas pasiones, en hallar algún día los restos del General federalista.

¿De dónde vino la bala exterminadora que mató al Valiente Ciudadano? ¿Dónde están los restos exhumados en 1868, dónde el cráneo perforado que debía ir al Panteón? El Doctor Montenegro emitió francamente su opinión sobre estas dos cuestiones, de que tanto se ha hablado en varias ocasiones.

Parécenos que ese acto, sencillo y todo como es, afectando el carácter de una simple conversación, tiene una particular im-

portancia entre todo lo demás que se registra durante la visita presidencial. ¡Qué honor, qué distinción, qué preeminencia, la que fué entonces acordada al Partido Liberal, y á las pocas reliquias que hoy quedan y han tenido la rara suerte de soportar las vicisitudes de la Causa, sus inminentes peligros y la final salvación de sus principios!

El General Castro ha probado en repetidas ocasiones, su deferencia por esa histórica cruzada y por los que de buena fé corrieron á la tierra santa de la libertad á sostener la gloria de Bolívar y á combatir contra los que envidiosos de su fama, lo desconocieron como Libertador y lo proscribieron y condenaron. ¡Sea esta vez recordado con gratitud por los que perennemente conservan en su pecho la llama sagrada que perdura, á despecho de la opresión en las aras del liberalismo!

Con motivo de todo esto se cruzaron los siguientes telegramas entre el Doctor Iturbe y el General Juares:

«San Carlos: 13 de junio de 1904.

General Aquilino Juares.

Barquisimeto.

Me es en extremo satisfactorio manifestar á usted que he leído el telegrama que ayer dirigió usted al General Castro con ocasión de su visita al Estado Zamora. Sus ideas son muy del agrado de los zamoranos y reflejan al propio tiempo la admiración que á

todos nos subyuga por el enérgico personaje que hoy dirije nuestros destinos. Yo no sé que agregar á sus conceptos, sino que siempre habrá lugar para extenderse en estas consideraciones, ya que el General Castro nos brinda ocasiones á cada momento de hablar de sus virtudes y de sorprendernos con sus hazañas. Usted que ha sido un antiguo luchador de la Federación, recibirá sin duda con agrado la nueva de que el Jefe Supremo ha visitado con particular interés la casa en que murió el Valiente Ciudadano y que con ese motivo hizo oportunos y elocuentes elogios á los guerreros de la cruzada federal.

Permítame después de todo, General, que lo felicite de veras por estas y semejantes ocasiones que usted tiene de complacerse en observar la marcha que lleva el carro triunfal de la Restauración Liberal.

Su amigo,

AQUILES ITURBE.»

«Barquisimeto: 13 de junio de 1904.

Señor Doctor Aquiles Iturbe.

San Carlos.

Mi telegrama dirigido al General Castro era para mí un precepto á que está obligado todo servidor que sabe apreciar la justicia que se le hace á su Jefe y así mismo el valor de los pueblos que se le consagran; de modo que, fuera del aplauso que tributo á las demostraciones de contento y cariño

conque se agasaja allí al Jefe de la Restauración, nada he puesto de mi parte, porque, tanto los méritos de éste como la importancia tradicional de los que en ese Estado en los mayores peligros conservaron siempre inmanente el fuego sagrado de la idea federal, son hechos gravados ya con caracteres indelebles en registro de la verdadera historia.

No obtante acojo con sumo beneplácito la desenvoltura galana y expresiva con que ha venido usted á ratificar cuanto expresan en el telegrama á que él se refiere, siendo lo más conmovedor para mí de lo que usted me comunica y que juzgo la mejor recompensa á las observaciones del Gobierno y pueblo que usted preside, como para todos los fundadores de la Federación, que hemos sobrevivido, el hecho de que el General Castro, siempre oportuno para impresionar con actos sublimes, haya tenido suficiente nobleza de alma para detener la desbordante alegría é ir á contemplar con veneración el lugar sombrío donde cayera exámine el mártir glorioso cuya desaparición destruyó la unidad de pensamientos que salva las Causas y los pueblos y que hoy reanuda el hombre filósofo que con su inteligencia abarcadora nada echa en olvido, que sea consecuente con lo sublime de su alta misión.

Por todo lo felicito.

Su amigo,

A. Juares.»

LA PARTIDA

Hasta la tarde del 13 permaneció el General Castro en San Carlos. A las 4 p. m. de ese día partieron él y su comitiva, y en poco más de una hora salvó la distancia que lo separaba del Tinaco. Allí lo recibieron gran número de amigos que con particular alegría le acompañaron desde los arrabales de la población hasta la morada que se le tenía preparada. Excepcionalmente despejado estuvo el cielo, y un sol puro y brillante favorecía los deseos del pueblo tinaquero en el propósito de obsequiar como lo merecía el huésped distinguido.

CONGRATULACIONES

En todo esto se mostraron á la altura de su caballerosidad el Doctor Guillermo Barreto Méndez y el General Salvador Barreto y todos los habitantes del Tinaco que á cada momento patentizaban su cordial hospitalidad.

Vino entre tanto la hora de la comida, que estuvo bastante animada. El General se había mostrado en varias ocasiones satisfecho del cumplido recibimiento que le hicieron los hijos de Zamora; y exigía de consiguiente la cortesía corresponder á ese íntimo sentimiento y traducir la reciprocidad en el contento que guardaba el corazón de los zamoranos. El Doctor Iturbe, á quien no se escapan estas oportunidades del buen tono, excitó á nuestro buen amigo el Doctor Sosa Díaz á que se hiciese intér-

prete de las ideas que en aquellos momentos flotaban en la opinión pública; y accediendo á la excitación, el Doctor Sosa Díaz se expresó en estos términos:

«Señor General: Ha creído el digno Presidente Provisional del Estado un deber sacratísimo é indeclinable de justicia, manifestaros por mi órgano á nombre de los pueblos que constituyen la agrupación zamorana, la expresión de la inefable complacencia que hemos experimentado con motivo de la visita con que nos habéis honrado y presentaros, al propio tiempo, el testimonio ingénuo y sincero de nuestro reconocimiento por la esplendidez con que, penetrado de nuestras ingentes públicas necesidades, habéis acudido con mano pródiga y reparadora á remediarlas.

«Ya habéis visto como estos pueblos laboriosos y honrados se han levantado á vuestro paso y se han apresurado á manifestaros en diversas formas, la decisión que á vos y á la gloriosa Causa de que sois Caudillo invicto, han prometido. Buscad en esas manifestaciones el sentimiento de ingenuidad que los ha inspirado, porque debéis saber, que la franqueza en su trato y en sus relaciones es ley para los sencillos hijos de las pampas.

«Habéis surgido á los inmensos y vastos dominios de la historia en momentos excepcionales en la vida política de esta tierra primogénita del Continente americano.

«Venezuela, olvidada de su pasado gloriosísimo, manando sangre su corazón de madre, exhausto casi por el dolor el raudal de sus lágrimas, manchado el blanco cendal de su nombre, rodaba por la pendiente del más espantoso de los desastres que puede llegar para un pueblo: en lo interior devorada por el cáncer de la anarquía, y en lo exterior la codicia más insana amenazando nuestra existencia como Nación soberana é independiente. Mas, la Providencia que rige la suerte de la humanidad á través del tiempo y del espacio, vaciando en sus eternos moldes la voluntad que ha de caracterizar cada una de sus etapas, os dió á la República para que la salvárais de las garras de una hegemonía extranjera, á las leyes para que les devolviéseis su suave imperio, á la paz, para que paseando vuestro corcel de guerra por entre el fragor de la metralla, la arrancárais, como dijísteis en clásica fecha del patriotismo venezolano, «del seno ardiente de las batallas» y la impusiérais sobre el desolado territorio de la Patria, señalando con las fulguraciones de vuestra invencible espada el derrotero que ha de conducirnos á la cumbre de máxima felicidad á que está llamada por múltiples razones esta tierra, grande por la inteligencia de sus hijos y gloriosa y legendaria por el valor de sus soldados.

«Pero si todo ello cubre vuestro nombre con los laureles de Marte, dolorosos para vuestro corazón de patriota porque salpi-

cados están de sangre, no son menos las glorias que alcanzáis en el campo fecundo del civismo, al inscribir en vuestra bandera de gobierno, el programa tres veces magno de nuevos hombres para la salud de la Patria, nuevos procedimientos para la dirección gubernativa, nuevos ideales para la restitución de la fé en la eficacia salvadora de los principios, y al extender como manto generoso sobre todos los dolores del pueblo y sobre todas sus desolaciones, los anchos pliegues del iris nacional, emblema de redención en manos de Bolívar y de santa rebeldía popular y de épico coraje, en las vuestras, al abatir como lo hicísteis, la soberbia altanera de los que, engreídos, sobre las cureñas de sus cañones, acaso quisieron renovar en el mundo de Colón el triste espectáculo de la infeliz Polonia.

«Y ya véis vuestra obra: la República, rotos los eslabones que la esclavizaban sigue con firmeza, la ruta de los grandes pueblos; las florecencias del trabajo brotan lozanas en campos ayer no más empapados en sangre patricida; el himno del progreso hiende los patrios horizontes, conturbado no ha mucho tiempo por el estruendo de la fusilería y los ayes de las víctimas; desarraigado de la conciencia nacional el espíritu de las revueltas; una paz honrosa vivificando todas las fuentes de nuestro bienestar; y lo que es aún más halagador para el patriotismo, más consolador para nuestra futura grandeza, los venezolanos

todos en torno de vos y en el amplio seno de la Restauración Liberal, acompañándoos á las grandes conquistas de la civilización, del derecho y de la libertad.

«Señor General: Las manifestaciones con que hemos correspondido á la honra de vuestra visita, y á los beneficios morales y materiales que nos habéis dispensado tan generosamente, os revelarán también el contento de los zamoranos por la manera acertadísima como habéis constituido el Gobierno de esta Entidad, al frente del cual habéis colocado un joven, celoso de vuestro nombre y de vuestras glorias.

«Habéis dicho que nos dejáis vuestro corazón y vuestros votos por nuestra ventura y prosperidad. Pues, bien, General, al despediros, llevad la seguridad de que los hijos de esta rica porción de la Patria, cuyo seno lactó con heroísmo á Páez, el centauro de las pampas, os quedan reconocidos por la nobleza y generosidad de vuestra conducta: que nuestra gratitud queda eternamente empeñada; y que de hoy más, no sois para nosotros tan sólo el Primer Magistrado de nuestra Patria y el Jefe de nuestra Causa, sino que en el dulce campo de los afectos, sois también nuestro más grande amigo, nuestro más noble hermano».

Contestó el General Castro diciendo «que él se explicaba el contento de esta rica porción de las pampas porque había lle-

gado para ella la época que ansiaba: que había algo muy grande que germinaba en su corazón de patriota y en su mente de político, que en su oportunidad lo sabrían los venezolanos: que más se ufanaba él de estas expansiones del espíritu bajo el imperio de la paz que de sus triunfos de soldado en los días de la guerra: que sus mayores triunfos conceptuaba que eran los conquistados en el campo del civismo: que la Causa Liberal Restauradora era una gran revolución; y que se despedía de estos lugares, no con un *adiós*, sino con un *hasta luego*».

No faltó entonces espacio para las Musas. El distinguido caballero General Pedro Pablo Montenegro improvisó las siguientes redondillas, " que cayeron al terminar la comida como alegre espuma de champaña:

«Levantemos nuestra copa
y escanciemos á porfía
todo el vino de la Europa
y el de Asia y Oceanía;

y el de Africa y América,
y oh, hijos de la sabana!
brindemos con voz homérica
por la Patria americana.

Por esa Patria bendita
que tiene entre tantos Grandes
el genio que necesita:
tiene el Héroe de los Andes.

Que venga la Europa entera
con sus reyes y blasones:
no será la vez primera
que nuestra gente llanera
rinda á caballo, cañones.

La altura del Cundurcunca
testigo fué de la hazaña
y nunca volvieron, nunca,
los cañones de la España.

Aunque venga Europa entera,
no eclipsará nuestro astro,
ni arriará nuestra bandera
porque la sostiene Castro».

Las expansiones no terminaron allí. A las 9 p. m. asistió el General Presidente á un baile que se improvisó en la casa de la señora Rita de Lima. Esta nueva fiesta duró hasta la media noche, dejando así clausurados de espléndida manera los regocijos públicos de los moradores del Tinaco.

DESPEDIDA

El General Castro dijo adiós el 14 de junio al amanecer á sus complacientes huéspedes, y en compañía del Doctor Iturbe, del General S. Barreto, del Doctor Barreto Méndez y del General Briceño, se dirigió á Tinaquillo. Una despedida de las más afectuosas tuvo lugar entonces para el Jefe del País, que se conquistaba ahora nuevas preseas de gratitud: para el General Gómez, cuya naturalidad, firmeza y elevados sentimientos se imponen á cuantos le conocen: para el Doctor Torres Cárdenas, que ha sabido manejar los negocios públicos con prudencia y sagacidad al lado del Jefe de la Restauración: para el Doctor Revenga, cuya vasta instrucción corre parejas con la estimación que universalmen-

te se le tiene; y para todos, en fin, los que se hallaron presentes en los momentos de la partida.

VITALIDAD

El General Presidente se penetró bien de la vitalidad que el Estado Zamora exhibió en los pueblos que aquél hubo de recorrer. La actividad del Doctor Iturbe, su inteligencia, su cortesía y el aprecio que se ha conquistado y la manera como ha sabido despertar las energías de los pueblos encomendados á su mando, agradaron sin duda al Jefe del País, que también acertó un día en sacar fuerzas de dónde nadie imaginaba que pudiese haberlas, ni existir.

No se pretende, sin duda, haber hecho lo mejor en esto del recibimiento que los pueblos de Zamora han hecho al General Castro. Se ha hecho sinembargo lo más espontáneo y lo mejor que ha comprendido el carácter y el gusto de los zamoranos. Los grandes hombres con frecuencia atropellan inútiles ó ridículos ceremoniales, y van rectamente á donde les llama la estrella de su genio y la luz del porvenir. En un país republicano cabe más esta práctica! y en ello todo podría descansar tranquila y satisfecha la conciencia de los pueblos del Estado, al pesar la inusitada esplendidez que dió á los actos públicos durante la permanencia del Presidente de la República en el suelo zamorano. Si más

se pidiera, podríamos entonces exclamar con el vate florentino:

Non v' accorgete voi che noi siam vermi.
nati a formar l' angelica farfalla
che vola a la guistizia senza schermi. (*).

RESULTADOS

El General Castro destinó 25.000 bolívares al fomento del Tinaco y dispuso la canalización del río Cojedes y la construcción de un acueducto en la ciudad de San Carlos. Estas dos últimas obras están ya iniciadas, y en este momento practica los estudios científicos indispensables el inteligente ingeniero Doctor Eneas Iturbe.

Para mejorar y reparar los templos de Ospino y de Barinas se destinaron 4.000 bolívares á cada uno.

En los archivos del Registro de San Carlos se encontró el expediente notarial del Escribano público Don Manuel Piñero, correspondiente al año de 1821 donde está incluído el testamento del General Pablo Morillo. Este documento fué destinado por el General Castro á la Academia Nacional de la Historia.

Permítasenos mencionar también que dos antiguos liberales, prisioneros por causas políticas en el Castillo Libertador, fueron vueltos á la libertad en los días que

(*) No os acordáis que somos el gusano destinado á formar la angélica mariposa que volará sin tropiezo hacia la justicia.

permaneció en San Carlos el Primer Magistrado de la República.

Ahora una de las más halagadoras notaciones ha sido el aprecio singular que se supo captar de los pueblos del Estado, el General Castro. No será ciertamente el oro, ni el terror, lo que produzca tal resultado en el carácter del llanero, que se paga más bien de la justicia y la caballerosidad, de los bienes de la instrucción, y del afecto de los Magistrados, ó como se expresó el mismo General Castro de las riquezas intelectuales y morales que les ofrecía en su visita. El arte de arrastrar las masas, de gozar de la confianza de los pueblos, es arte de las almas que desprecian el peligro, que se muestran altivas contra el ensañamiento del orgulloso ó el opulento, sencillas y triviales con la cortedad del humilde ó el desvalido, consecuentes é invariables con los amigos de las pasadas luchas, celosas de obtener de los legisladores todo el bien que ha menester el pueblo, ávidas, en fin, de la gloria, por lo que ella es. El pueblo zamorano—estamos seguro de ello—no se ha engañado en sus afectos, ni en la lealtad que profesa á su ilustre huésped.

L. ALVARADO.

San Carlos: junio 25 de 1904.

INDICE



INDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
De Caracas á Valencia	3
De Valencia á Tinaquillo	10
De Tinaquillo á Tinaco	17
En San Carlos	24
De San Carlos á Caracas	31
Deducciones	39

SEGUNDA PARTE

Anuncio Oficial	47
Preparativos	47
Entrada al Estado	48
Primeras impresiones	50
La Comitiva	53
En el Tinaco	54
Lunch	56
«Converzazione»	57
A San Carlos	60
Llegada á la Capital	61
Las Escuelas	63
Diversiones populares	65
Te-Deum	65
Recepción	71
Baile	73
Un Boletín	77
Tributo á Ezequiel Zamora	80
La Partida	85
Congratulaciones	85
Despedida	91
Vitalidad	92
Resultados	93